

HOSPITALIZACIÓN
DE LOS
TÍPICOS Ó TUBERCULOSOS PULMONARES.

HOSPITALIZATION
AND THE
PHYSICS OF TUBERCULOSIS PNEUMONIAE

13

HOSPITALIZACIÓN
DE
LOS TISICOS
ó
TUBERCULOSOS PULMONARES.

TESIS DEL DOCTORADO
EN LA FACULTAD DE MEDICINA
DE
DON ANTONIO CORREA FERNANDEZ.

1022745



LUGO.
IMPRENTA Á CARGO DE JUAN MARÍA BRAVOS
Calle de San Pedro, número 31.
1890.

HOSPITALIZACIÓN
DE
LOS TISICOS

TUBERCULOSOS PULMONARES.

TESIS DEL DOCTORADO

EN LA FACULTAD DE MEDICINA

DE

DON ANTONIO CORREA FERNANDEZ.

LOS TISICOS

—————



LUGO

IMPRENTA A CARGO DE JUAN MARIA BRAVOS

Calle de San Pedro, número 21.

1890.

A MI TÍO Y PADRINO
DON ANTONIO CORDEA VALCÁRCEL,
Cura párroco de Furiá

Este discurso fué calificado con la nota de *Sobresaliente* por el Tribunal de grados de Doctor, que lo formaron:

PRESIDENTE: Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Calvo
y Martín.

SECRETARIO: Dr. D. Adolfo Moreno Pozo.

VOCALES: { Dr. D. Amalio Jimeno y Cabañas.
Dr. D. Antonio Fernández Chacón.
Dr. D. José Ribera y Sanz.

Este discurso fue calificado con la nota de Sobresaliente por el Tribunal de grados de Bogotá, que lo autorizó.

Presidente: Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Galvo y Martín.
Secretario: Dr. D. Adolfo Moreno Pozo.
Vocales: Dr. D. Amelio Jimeno y Cabañas.
Dr. D. Antonio Fernández Chacón.
Dr. D. José Ribera y Saenz.

Á MI TIO Y PADRINO

DON ANTONIO CORREA VALCÁRCEL,

Cura párroco de Furis.

QUERIDO PADRINO:

Al dedicáros esta humilde manifestación de mis últimos trabajos universitarios, sólo lo hago con el fin de dáros un eterno testimonio de gratitud y respeto.

Antonio Correa Fernández.

A MI TIO Y PADRINO

DON ANTONIO GONZALEZ VILLAGEL,

Quero patrão de Luis

Querido Patrão:

Al dedicar esta humilde manifestação de
meus últimos trabalhos universitários, sóo lo hago
con el fin de daros un eterno testimonio de grati-
tud y respeto.

Antonio Carrer V. S. S.

SUMARIO.

Introducción.

- I. Consideraciones generales de higiene.—Recuerdo histórico.
- II. Importancia de la higiene.—Valor del hombre por su trabajo.— Pérdidas ocasionadas por las muertes prematuras.—Observaciones.
- III. Frecuencia de la tisis.—Opiniones acerca de su mortalidad relativa.—Defunciones que causa en: Europa, Londres, Madrid, España y Lugo.
- IV. Edad en que se padece la tisis.—Pérdidas en intereses que causa en España, Madrid y Lugo.—Lo que se ganaría si se aplicase la higiene.
- V. Contagio de la tisis.—Curabilidad de la misma.—Detestables condiciones que rodean á su tratamiento en nuestros hogares y en los hospitales.
- VI. Creación de hospitales para tísicos.—Condiciones de estos establecimientos.—Las pérdidas de la tisis y su coste.—Lo que se ganaría.
- VII. Funcionamiento de e. los sanatorios.—Auxilio á los presupuestos.—División de los tísicos en secciones de ricos, medianos y pobres.—Idea de su tratamiento.
- VIII. Consideraciones acerca de estos sanatorios y la terapéutica de la tisis.—Lo que hacen otros pueblos, lo que debemos hacer nosotros.—Turno de la higiene.

Conclusiones.

SUMARIO

I.	Consideraciones generales de higiene.—Historia de la higiene.
II.	Importancia de la higiene.—Valor del hombre por su trabajo.—Pérdidas ocasionadas por las muertes prematuras.—Observaciones.
III.	Resumen de la lista.—Opiniones acerca de su moralidad relativa.—Relaciones que existen con: Europa, América, España y Jugo.
IV.	Estado en que se padecen la lista.—Pérdidas en intereses que causa en España, América y Jugo.—Lo que se gana si se aplica en la higiene.
V.	Contacto de la lista.—Carácter de la misma.—Determinación de los puntos que caben a su tratamiento en nuestros hogares y en los hospitales.
VI.	Exposición de los puntos para fijados.—Condiciones de estos puntos de higiene.—Las pérdidas de la lista y su costo.—Lo que se gana.
VII.	Funcionamiento de la lista.—Auxilio a los prescriptores.—División de los puntos en secciones de teor, medicina y política.—Idem de su tratamiento.
VIII.	Consideraciones acerca de estos sanitarios y la importancia de la lista.—Lo que hacen otros países, lo que debemos hacer nosotros.—Termino de la higiene.
	Conclusiones.

Excmo. Señor:

Para recibir la honrosa investidura de Doctor en la elevada *Ciencia y Arte de Curar*, había creído siempre que, en esta ocasión, era indispensable tratar de un punto de alto interés humanitario; y entre los innumerables que contienen las Ciencias Médicas ninguno, á mi modo de ver, ofrece tanta trascendencia como las cuestiones que se relacionan con la *Tuberculosis ó Tisis Pulmonar*, y sobre todo, con su tratamiento; no ya desde el punto de vista filantrópico, sinó por lo que se relaciona con el bienestar de los pueblos y las cuestiones económicas, cuyos asuntos son muy dignos de llamar la atención de los amantes del progreso.

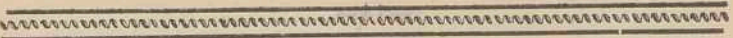
No se me ha ocultado, sin embargo, lo intrincado de estas materias, y lo imponentes que se hacen, máxime á inteligencias jóvenes, que aún apenas atravesaron la áspera pendiente de la práctica; así es que, sólo el cumplimiento de un deber ineludible me impele á molestar la atención de tan respetables y sábios maestros; mas no nace este recelo de la falta de deseo de emprender semejante trabajo, para mí harto difícil, sinó de la escasez de fuerzas con que puedo contar para hacer una *memoria*, cual corresponde á la solemnidad del acto y á la sabiduría de los que han de juzgarla.

Animado, pues, por la benevolencia de ese ilustre tribunal acometí esta árdua tarea, y con el respeto debido y el permiso necesario daré principio á mi mal hilvanado discurso.

Para recibir la honrosa investidura de Doctor en la elevada Ciencia y Arte de Curar, había creído siempre que, en esta ocasión, era indispensable tratar de un punto de alto interés humanitario, y entre los innumerables que contienen las Ciencias Médicas ninguna á mi modo de ver, ofrece tanta trascendencia como las cuestiones que se relacionan con la Tuberculosis ó Tisis Pulmonar, y sobre todo, con su tratamiento; no ya desde el punto de vista fisiológico, sino por lo que se relaciona con el bienestar de los pueblos y las cuestiones económicas, cuyos asuntos son muy dignos de llamar la atención de los amantes del progreso.

No se me ha ocultado sin embargo, lo intrincado de estas materias, y lo importante que se hacen, máxime á inteligencias jóvenes, que aún apenas surtieron la preparación de la práctica, así es que, sólo al cumplir un minuto de un deber ineludible me impuse á molestar la atención de tan respetables y sabios maestros; mas como este recelo de la falta de deseo de comprender semejante trabajo, para mi parte difícil, sino de la escasez de fuerzas con que puedo contar para hacer una memoria, me correspondió á la solemnidad del acto y á la sabiduría de los que han de juzgarme.

Animado, pues, por la benevolencia de sus ilustres tribunales, acometi esta árdua tarea, y con el respeto debido y el permiso necesario daré principio á mi mal hilvanado discurso.

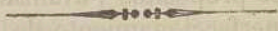


es de suponer que se han venido formando y poniendo en
partes nuevas y propias higiénicas que van
que enjutas y robustas, no obstante, en consecuencia
al fin de evitar algunas enfermedades, más tarde con ellas
se reciben su acción y un efecto considerable, sin
dejar de ser el estado del estado fotográfico, sino a
conservar el color y el brillo de las cosas, en el
en donde nada se ha perdido, en el
los conocimientos de la medicina, con sus
independencia de la medicina, que se ha
a un punto de vista que se ha
cuando estos hechos se han
la conservación y perfeccionamiento de la salud, en el
Ejército Médico y en las escuelas de medicina y pre-
eigiénicas como un medio de la vida y de la conservación
en cuanto a la vida y de la conservación de la vida y de la
saber humano cuando se ha tratado de la vida y de la
higiénicas y de la vida y de la conservación de la vida y de la

HOSPITALIZACIÓN

DE

LOS TÍSICOS Ó TUBERCULOSOS PULMONARES.



CAPÍTULO I

Consideraciones generales de higiene.—Recuerdo histórico.

La salubridad pública es el elemento primordial de la felicidad de los pueblos y la fuente de riqueza y esplendor de las naciones. Está fuera de toda duda, que un pueblo enfermizo y enclenque y cuyas generaciones atravesen por una existencia efímera, bajando á la sepultura en el albor de su juventud, no puede jamás ser dichoso, ni mucho menos saborear los frutos de una vida tranquila y próspera. Mientras que aquellos otros pueblos, que imbuidos en los conocimientos humanos han tratado de aplicarlos con asiduidad á la conservación y perfeccionamiento de la salud humana, han contemplado entre sus habitantes una existencia placentera, coronada por la aureola de una longevidad risueña y provechosa, preludio fiel de una grata memoria.

Desde los tiempos más remotos, en los que los hechos de los hombres no se comunicaban aún á sus posteriores,

es de suponer que se han venido iniciando y poniendo en práctica ciertas reformas y preceptos higiénicos, que aunque empíricos y vulgares, no obstante, se encaminaban al fin de evitar algunas enfermedades. Más tarde con Moisés reciben su sanción y un empuje considerable, atendiendo no sólo á defenderse del estado patológico, sino á conservar el hombre en su estado hígido. Por fin Grecia, en donde nace la verdadera Ciencia Médica, ha dado á estos conocimientos el carácter científico, conquistándoles independencia é importancia, á la par que elevó su nivel á un grado digno de admiración. Alejandría y Roma secundan estos loables propósitos y avanzan un paso más en la conservación y perfeccionamiento de la salud. En la Edad Media se miran aquellas benéficas máximas y prescripciones como un legado de mérito y se perfeccionaron en cuanto hubo lugar. Pero como en la Edad Moderna el saber humano ensanchó de una manera extraordinaria sus horizontes, y la Ciencia Médica remontó su vuelo á una altura prodigiosa; no podía tampoco la higiene dejar de emprender esa carrera vertiginosa y presentar al hombre con majestuosidad y victoria un maravilloso escudo que al mismo tiempo que le sirviese de defensa, podría utilizarle como reglamento de su perfección y engrandecimiento.

Estaba, no obstante, reservada al siglo XIX la noble misión y la inmarcesible gloria de enarbolar la bandera de la ciencia en los templos del saber, é insinuar las acciones del hombre por el camino de la luz; conquistando así para la Medicina laureles sin cuento, á la par que altas distinciones en los régios alcázares y un puesto honroso en los palacios parlamentarios. Los numerosos descubrimientos de la higiene han puesto igualmente de relieve á los gobiernos la imprescindible obligación que tienen de escuchar sus voces y atender sus súplicas, si han de satisfacer las más perentorias necesidades de sus gobernados y conducirlos hácia la playa del bienestar.

Gracias á los esfuerzos supremos y á los trabajos continuos de los amantes de la civilización y de la humanidad doliente, ha podido la benéfica ciencia profiláctica tomar asiento en los escaños del poder, y dirimir con energía las intrincadas cuestiones de interés vital. Merced á sus activas gestiones se han coaligado los pueblos por medio de Congresos Internacionales, y establecido un código de leyes sanitarias, para oponer un dique á las invasiones morbosas, que por todas partes asedian al género humano. Con justa razón se ha dado á esta rama de nuestros conocimientos el dictado de «Ciencia del progreso y de la civilización.»

Todos estos plausibles adelantos hechos en el campo de la lucha por la existencia, no son más que un insignificante prólogo de la constancia y predilección con que debieran mirarse esta clase de trabajos y descubrimientos tan prósperos. La naturaleza de estos asuntos nos pone en el imprescindible compromiso de unir nuestras fuerzas y embestir con valentía, auxiliados de los poderosos medios que hoy la ciencia pone á nuestra disposición, para defendernos de los agentes patogénicos y conservarnos en el estado fisiológico; porque las cuestiones de profilaxis pública guardan íntima relación con los asuntos de higiene individual. Vemos, pues, que en lo que atañe á la salud pública y por ende á la individual, todos estamos en el deber de cooperar con nuestros auxilios á su progreso y de llevar nuestra piedra mejor ó peor labrada al edificio de la perfección.

Ya sabemos que la higiene tiende al portentoso fin de hacer desaparecer las enfermedades, atenuando en su marcha y resultados aquellas que se resisten á su acción, y dar al hombre seguras garantías de vida y mayor grado de salud; prueba evidente de esta verdad nos la ofrece la historia. A expensas del poderoso influjo que la higiene ejerce en esta época han desaparecido de entre nosotros

aquellas terribles plagas que eran la segur de los antiguos pueblos; tampoco se hallan, afortunadamente, en nuestros anales esas devastadoras epidemias que en la Edad antigua y media diezaban como por encanto las más florecientes comarcas; aquellas hecatombes huyeron, por ventura nuestra, y el génio mortífero de aquellas horrosas epidemias se ha modificado tanto, gracias al progreso de la Medicina, que apenas se le reconoce; y para mayor abundamiento, basta observar aún hoy mismo que, aquellas localidades que desprecian los consejos de la profilaxis pagan muy cara su imprudencia y barbárie.

CAPÍTULO II

Importancia de la higiene.—Valor del hombre por su trabajo.—Pérdidas ocasionadas por las muertes prematuras.—Observaciones.

Para que se vea que todo lo que se refiere á la salud pública, así como á las reformas precisas para conservarla y perfeccionarla, no es cuestión de derrochar ni malgastar nuestros intereses, ni agobiar al Erario con cargas insostenibles, sinó más bien, economías considerables en los presupuestos, y un aumento extraordinario en las riquezas nacionales; llamaré en mi apoyo á la estadística, la cual con su inflexible lógica pone de manifiesto la verdad. No se crea, acaso, que lo que aseveramos acerca de la importancia de la higiene son puras fantasías de una imaginación ardiente; autoridades respetables han puesto esto á la órden del día, haciéndonos tangibles los inmensos beneficios de la aplicación de la profilaxis.

Aún cuando miremos este asunto por el prisma del egoismo, y tengamos para ello que prescindir enteramente del elevado rango que al hombre le corresponde, y aunque la preciosa vida del sér humano se vea equiparada con la de un sér cualquiera de la escala zoológica, por lo tanto medido, pesado y reducida la vida humana á la equivalencia monetaria, cual si fuera una máquina de trabajo; no podré menos de traer á cuento, por lo que hace á estas materias, lo consignado por el Dr. Pulido en su *Discurso de la Sociedad Española de Higiene* (inauguración del curso de 1888 á 89.) Hablando este higienista á los

Gobiernos de la importancia de esta Ciencia anota las siguientes frases que merecen nuestra atención: «Advierte que cuando elevamos nuestra voz en defensa de la higiene y te pedimos algunos sacrificios para el mejoramiento de la salud, no abonan sólo nuestros clamores intereses de sentimientos humanitarios, sinó intereses en alto grado materiales que convierten en un opulentísimo negocio el dinero consagrado á nuestras empresas.»

Después de esta afirmación hecha con pleno convencimiento, cita el referido autor al Dr. Chadwick de Lóndres, quien deducía de los cálculos presentados en el *Congreso Internacional de Higiene celebrado en París en Agosto de 1878*, que cada individuo de la clase obrera representa un capital de 5.000 francos; al Dr. Farr, que aprecia en 3.975 francos el valor de cada uno de los habitantes del Reino Unido, hombres, mujeres y niños considerados como raza trabajadora, los norte-americanos que calculan que el hombre llegado al completo de su vida social y económica vale 17.500 francos; á Paget, que prueba matemáticamente que cada obrero inglés vale 12.500 francos; y por último, el célebre M. Rochard, que en su *discurso pronunciado en el Congreso de Higiene en La Haya en 1884*, deduce con la exactitud que le caracteriza, que todo obrero francés (comprendiendo los de todas las categorías, desde el joyero de París que gana 10 francos diarios hasta el mozo de granja pobre, que solo gana su sustento) representa un valor de 6.000 francos. De estos cálculos hechos por esos notables adalides de la Ciencia Microbiótica, se desprenden consecuencias de gran trascendencia económica y social.

Quando al hombre que se le estima sólo bajo el punto de vista de su trabajo material, es decir, que se le aprecia por el concepto que menos vale, se le dá un valor tan digno de tener presente; ¿qué sucedería si pudiese ponerse precio á sus méritos, virtudes y sentimientos? ¿Qué ci-

frases podrían expresar el valimiento de un génio que inmortaliza su nombre en la historia del mundo? El sábio que presta á su nación y á toda la sociedad los inestimables tesoros de la ciencia ¿con qué podrá pagarse? ¿Habrá dinero que pueda igualarse con el valor de un héroe que libra á su patria del yugo del tirano y coloca el emblema de sus blasones en las majestuosas regiones de la admiración? ¿Qué precio podríamos señalar al filántropo y á todo aquél que ama á la humanidad con ternura, y se conduce de sus adversidades, y la auxilia en sus miserias y dolencias? Y el santo ¿qué valor representaría á nuestros ojos?

Pues bien, aunque sea demasiado altisonante y un orgullo en extremo patriótico; podemos decir francamente que el español vale tanto, por todos los conceptos que se le aprecie, como el inglés, el norte-americano, el francés, el alemán y como cada uno de los individuos de cualquiera de las naciones que pueblan el globo.

La Higiene es de todos y para todos, y el fin que persigue es el de conservar el mayor número posible de actividades vitales y perfeccionarlas, consagrando al mismo tiempo sus esfuerzos para que esas actividades puedan convertirse en fuerza viva, ya sea material, intelectual ó virtuosamente considerada. Bien se deja ver el rico botín que se puede sacar de tan excelsas miras en pró de nuestro engrandecimiento.

Ya sabemos que la enfermedad no respeta á nadie, es un puñal fatal y ciego, que lo mismo hiere al sábio que al ignorante, al laborioso que al holgazán y al virtuoso que al criminal. Por lo mismo, aun cuando el tanto por ciento de las existencias que salve la profilaxis sea reducido, como así mismo el de aquellas que perfeccione, sin embargo eso es más que suficiente para redoblar nuestros cuidados, porque esas vidas reportan gran utilidad general, aparte de los sentimientos humanitarios y del inapreciable mérito de muchas de ellas.

Teniendo presentes los datos que hemos apuntado, y haciendo de ellos aplicaciones á los pueblos, vemos que una nación cualquiera, por pequeña que sea, representa al año una pérdida inmensa á consecuencia de esas defunciones prematuras, y de esas vidas enfermizas y que la Higiene podía evitar. Habiendo calculado M. Rochard lo que Francia perdió por tal concepto en el año de 1880, dedujo que tan sólo por la mortalidad se elevó en la población urbana á 477.559.854 francos, y en la rural á 940.686.444: añadiendo á estas cifras las que representan los gastos de entierro, enfermedad y faltas de labor que las hace ascender á 708.420.583 francos, suman un total de unos 2.126.666.881 francos. Por otra parte, dice acerca de esto Douglas Dalton, presidente del *Congreso del Instituto Sanitario celebrado en Newcastle en 1882*: «que sólo con la construcción de domicilios perfeccionados para 50.000 obreros de Lóndres, que componían 11.000 familias, se había conseguido rebajar anualmente en 1.000 los muertos, y desde 20.000 á 15.000 los casos de enfermedad; y deducía que el capital formado por ahorros de muerte, enfermedad y entierro representaba una suma muy superior al interés del capital de 47.500.000 francos gastados en aquellas construcciones.»

Ante el lenguaje expresivo de esas cifras, presentadas por hombres de vastos conocimientos y reconocida probidad, no hay párrafos ni discursos que valgan por elocuentes y convincentes que sean. Es preciso ser un escéptico, ó estar encerrado en la dura concha del oscurantismo, para no ver en la Higiene la palanca universal indispensable para perfeccionar nuestras existencias y equilibrar la vida humana. Para convencerse de que lo que atañe á la profilaxis no es un mito, no puedo dejar de mencionar los resultados del Dr. Tarnier en el Hospital de la Maternidad de Paris, con el empleo de los antisépticos y demás medios de la Higiene moderna: llegaba la mortalidad en di-

cha clínica á un 20 por 100, según se habia observado en el primer decenio; habiendo aplicado este sábio profesor los preceptos higiénicos con esmerado celo hizo bajar la mortalidad, en el 2.º decenio, á un 9,31 por 100; después aplicó los antisépticos en el tercer decenio, y entonces bajó al 2,32 por 100; y hoy perfeccionando aquellos establecimientos por medio de la construcción de pabellones aislados en el jardín y proscribiendo las persianas, suelos de madera, paredes empapeladas, etc., descendió la mortalidad á la mínima proporción de un *medio* por 100. Bien claro está el grandioso poder de la Higiene en el tratamiento de las enfermedades.

Por la autoridad que merece y las verdades que encierra acerca de los efectos del progreso de la Higiene, copiaré el párrafo con que concluía su brillantísimo discurso sobre: «La Ciencia enemiga de la enfermedad,» el notable profesor de Higiene en la Universidad de Lóndres, Dr. W. H. Corfield: «Los grados medios de la mortalidad, decía, han disminuido durante nuestro siglo. Yo no pondré más que un ejemplo que conozco bien, el de Lóndres. Por un estudio medio de la proporción de nacimientos y defunciones deduzco que la vida media ha aumentado desde 32,24 hasta 37,88, y que en uno de los distritos más centrales y más sanos de la gran metrópoli la duración media de la vida ha aumentado, durante los nueve años entre 1875 y 1884, desde 46,67 hasta 55,09; y el término medio de las medidas anuales durante ese tiempo no ha sido menor de 50,74 años. Este distrito con una población de 91.000 almas en medio de una ciudad de 5 millones de habitantes, tiene sólo una mortalidad de 16 á 17 por 100 cada año.»

CAPITULO III

Frecuencia de la tisis.—Opiniones acerca de su mortalidad relativa.—
Defunciones que causa en: Europa, Lóndres, Madrid, España y
Lugo.

Numerosísimas son las enfermedades que acosan al hombre, y que ya le hacen arrastrar una existencia molesta, triste y llena de sufrimientos, ó bien le arrebatan la vida instantánea y brutalmente. Contra esa falange innumerable de mortales enemigos, y contra esas infinitas afecciones que acibaran nuestros días, ha levantado la Ciencia Médica con sus adelantos un poderoso fuerte, para que desde él podamos blandir nuestras armas y defendernos de ese inmenso ejército de entidades patológicas. Esto ha sido lo que se ha hecho, desde el baluarte de la higiene con los recursos de la terapéutica, sobre todo en estos últimos tiempos, aunque no tanto como es de desear, amignorando la mortalidad y disminuyendo las dolencias, que por doquier afectan nuestra integridad.

En medio de ese crecidísimo número de procesos patológicos hay unos que descuellan por su letalidad y prontitud, y otros que poco á poco van minando nuestro organismo hasta que reducen el edificio fisiológico á un montón de ruinas y de repugnantes escombros. Hay padecimientos que á manera de horriblos hados del mal exparcan su hálito mortífero por determinadas regiones, causando en sus desoladoras excursiones numerosísimas víctimas, mientras que otros sólo atacan individualmente con inde-

pendencia de todo lazo patogénico. Unas enfermedades llevan en sí un marcadísimo sello de trasmisión y contagiosidad que las caracteriza y reviste de cierta gravedad; otras perpetúan sus estragos á través de las generaciones, heredándose como se pueden heredar los grandes capitales, las virtudes y la pobreza, y conservándose en las familias, como sucede con los escudos de antiguas noblezas; y por fin hay otras afecciones que ni se transmiten, ni se contagian, ni se heredan y que sólo limitan el círculo de sus evoluciones á la personalidad en que sientan sus reales.

Ya sabemos que las enfermedades pueden ser esporádicas, endémicas y epidémicas. Estas últimas llaman la atención por el crecido número de defunciones que causan en poco tiempo, por la rapidez de su evolución, por ser de origen exótico muchas de ellas, ó bien por pasar de endémicas á epidemias horrorosas, en un momento dado, y por otra multitud de circunstancias que las acompañan. Bien sabido es, que las enfermedades epidémicas han causado una baja espantosa en la población del mundo, y aún hoy la causan bastante grande; pero ha disminuido mucho su mortalidad, gracias á los asíduos trabajos de la higiene. Si hubiésemos de señalar con cifras todas estas peripecias de la vida humana, nos asombraríamos del poco interés que tomamos por nuestra existencia, y de lo mucho que se podría hacer en su provecho con bien poco trabajo.

No son las enfermedades epidémicas las que originan mayores estragos, sino que el mayor contingente de fallecimientos y afecciones corresponde á las enfermedades endémicas. Aquéllas es verdad que en poco tiempo arrojan un coeficiente muy alto de muertes, pero sólo lo hacen en regiones determinadas y cesan de obrar por períodos mas ó menos largos; mientras que las endémicas obran constantemente sobre nuestros organismos, teniendo por templo de sus holocaustos á la humanidad casi entera. Son, pues, los peores enemigos de la vida humana.

Entre todas las enfermedades hay una perteneciente á las endémicas, que en todo tiempo y lugar ha llamado la atención de la Ciencia Médica en general, pues ésta ha dado siempre cierta predilección en sus investigaciones á aquellos procesos morbosos que más sobresalen por su letalidad y detestables efectos. No podía ser de otro modo, al observar que esta afección apenas respeta ninguna localidad de nuestro globo, que casi campea en todas las edades, y que figura con una proporción de sacrificios humanos incomparablemente mayor que ninguna otra de las entidades patológicas. Así es que desde la más remota antigüedad y especialmente desde Hipócrates ha sido el blanco hácia el cual los médicos han dirigido todas sus fuerzas intelectuales, á la par que este proceso morboso era el terror de los pueblos, pues le tenían todos ellos á esta enfermedad como la hoz siniestra del dios de la muerte.

Es innecesario decir que la afección patológica que tan negros colores y fatídico cortejo la acompañan en su cuadro nosológico, no puede ser otra cosa que la *Tuberculosis ó Tisis pulmonar*; incluyendo con esta enfermedad todas sus manifestaciones, tales como: la tuberculosis miliar, la tuberculosis de la pléura, del tubo digestivo, de la laringe, tráquea, etc., que si bien algunas veces parecen enfermedades independientes, no obstante, no vienen á ser generalmente más que complicaciones de aquel padecimiento. Tan tristes son las circunstancias que se agregan á su evolución, y tan fatales son los desenlaces que se suceden en sus escenas morbosas, que de todos es temida, lo mismo de los pueblos civilizados que de los salvajes, igualmente del necesitado que del opulento. Sí, ese horrible mónstruo, enemigo cruel de nuestra salud y de nuestra vida, lo mismo penetra en las majestuosas cámaras de los regios castillos, que en las miserables chozas del indigente proletario; lo mismo asesta sus mortíferos y rudos golpes al distinguido sábio que al olvidado necio.

Todo lo penetra y todo lo contamina, nada se le escapa á su funestísima sombra. Ella esparce el dolor y la orfandad entre el placer y el cariño; ella siembra la miseria y el espanto allí donde reina la comodidad y el vigor; el lúgubre manto de su desolación cubre los más risueños hogares; la desesperación, el olvido y los sufrimientos son los siniestros lemas de su devastadora acción; y en fin, la muerte es la negra divisa de su letal presencia. Entre todos los procesos morbosos que contiene la patología no hay afección tan horrenda para la humanidad como la *Tuberculosis pulmonar*; es aterradora la contemplación de su mortífera lucha contra nuestro organismo; ¡fatal demanda la que entabla contra la humana existencia!

Para dar un pálido reflejo de las innumerables muertes que causa la tuberculosis ó tisis pulmonar y sus variedades, traeremos á colación algunos datos estadísticos, basados en los trabajos de hombres eminentes, que de esta materia se han ocupado. Y así podremos ver, aunque no sea más que á grandes rasgos, su notable frecuencia y la sublime importancia del tratamiento higiénico, como también los grandes beneficios que reportaría á la sociedad la terapéutica científica, oportuna y acertada de este padecimiento.

F. L. Valleix dice en su «Guía del Médico práctico:» «La frecuencia con que se padece la tisis es tan grande, que ha llamado la atención de los médicos. Se ha calculado generalmente que la tisis causaba una cuarta ó á lo menos una quinta parte de los fallecimientos de las grandes ciudades. Aunque este cálculo sea aproximado, prueba sin embargo, cuán frecuente es esta temible afección.» Este mismo autor consigna el cuadro de Schnepf acerca de la mortalidad de la tisis en todo el mundo, hallándose Europa representada por 266 millones de habitantes, le asigna la proporción de 3,5 defunciones de tisis pulmonar por

1.000 habitantes, ascendiendo por lo tanto la pérdida anual en Europa á 931.000 individuos.

F. Niemeyer en su tratado de Patología Interna y Terapéutica se explica en estos términos: «Respecto á la frecuencia de la tisis pulmonar se admite, que la séptima y hasta la quinta parte de los casos de muerte deben atribuirse á esta afección, y que casi en la mitad de todos los cadáveres se encuentran lesiones de tisis pulmonar.»

El célebre Hirsch, citado por Jürgensen, Enciclopedia de Patología Interna y Terapéutica de Zienssen, capítulo Pnevmonía, señala á la tisis pulmonar una proporción en su mortalidad muy superior á cada una de las enfermedades más funestas. Pues dice que la tisis pulmonar causa los $\frac{2}{7}$ de muertes de todos los casos en general de fallecimientos, es decir, que le corresponde la proporción de $\frac{2}{7}$ de la mortalidad general, y casi los $\frac{2}{3}$ respecto á las enfermedades crónicas.

A. Tardien en su Patología Interna se expresa así: «La diátesis tuberculosa es el azote más terrible y temible del hombre, y el que mas burla los esfuerzos de la ciencia.»

El Dr. Fabre en su obra «Diccionario de los diccionarios de Medicina» copiando á Andral, dice lo siguiente: «La tisis pulmonar se ha observado en todos los países, pero no con igual frecuencia: de 60° de latitud N. á 50°, la tisis pulmonar es bastante rara, porque de 1.000 fallecidos no se hallaron más que 53 de tisis, de 50° á 45° aumenta de frecuencia. Así en Viena de 1.000 muertos 114 son de tisis; en Munich 107; en Berlin 71; en Lóndres 236; en París una quinta parte. De 45° á 35°, en Marsella esta enfermedad lleva tras sí una cuarta parte de los enfermos; en Filadelfia una octava; en Niza una séptima; en Génova una sexta; en Nápoles $\frac{1}{3}$; en Milán y Roma $\frac{1}{20}$. Hablando en general causa grandes estragos en todo el litoral del Mediterráneo.» Después dice que es muy frecuente en Madrid, Gibraltar y Lisboa.

M. A. Grisolle en su obra de Patología Interna, dice acerca de la frecuencia de la tisis, que la mortalidad de esta afección está graduada para París y Lóndres en una quinta parte de la mortalidad general. En Provenza, Marsella y en Niza es tan frecuente como en París; los mismos estragos causa en la mayor parte de Italia, en Génova que en Madrid y Lisboa. En Gibraltar, Malta y las islas Jónicas es casi tan común la tisis en la tropa como en Inglaterra. Cita á Sigard, el cual afirma, que en el Brasil, por ejemplo, ocasiona la muerte con la misma frecuencia que en Europa, y que en las costas arrebató una quinta parte de la población. Tan mortal es en África como en las Antillas inglesas y francesas y en el continente americano, lo mismo que en las Indias Orientales como en Europa.

Hablando el autor citado, de la tuberculosis en general, consigna los datos del Dr. Papavoine, el cual ha demostrado que se encontraban tubérculos en las $\frac{2}{5}$ partes de los niños del pueblo, y M. Lonis sólo los hace ascender á $\frac{2}{5}$ el número de tuberculosos que sucumben en los hospitales de adultos. Rilliet y Barthez no discrepan mucho en sus resultados de estos cálculos. Sabido es ya, que estos tubérculos tienen una predilección extraordinaria por los órganos pulmonares, dando origen por consiguiente á la tuberculosis pulmonar.

Por lo que hace á la mortalidad de la tisis en algunas ciudades, el Dr. Fonssagrives (Higiene y saneamiento de las poblaciones) anota las siguientes poblaciones, en las cuales por cada 10.000 habitantes han fallecido de tisis pulmonar al año: en Liverpool 64, Manchester 48, Leeds 48, Birmingham 48, New-York (Stark) 46,6, en Filadelfia 42, Baltimore 41,2, Boston 40,3, París 40,2 y Lóndres 40. Con la particularidad de que la proporción que corresponde á París fué tomada en uno de los años más favorables (1872).

Michel Levy en su tratado de Higiene, cita á Lebert,

el cual dice que un sexto de las defunciones que ocurren en las grandes ciudades son debidas á las afecciones tuberculosas. Por otra parte el mismo Levy dice que la tisis en Gibraltar, según los documentos oficiales de las colonias inglesas, se hallan en la siguiente proporción: hay por cada 1.000 habitantes 8 tísicos, y mueren de tisis por cada 1.000 habitantes 6,1; esto es al año. Hablando de New-York nos pone de relieve la gran diferencia que existe entre la raza blanca y la negra con relación á la tisis: mueren por 1.000 de tisis (al año debe ser) 4,107 en los blancos y 8,871 en la población negra, además de otras afecciones tuberculosas, 0,128 en los primeros, y 0,458 en la segunda.

R. J. Graves (Clínica Médica) calcula para la Gran Bretaña en 70.000 el término medio anual de las defunciones causadas por la tisis-tuberculosa. Examinad, dice, las cifras del registro general de Inglaterra en 1847 y veréis que mi cálculo no es exagerado. Esta memoria nos dá la mortalidad de 115 distritos; las defunciones son á la mortalidad total de Inglaterra y del país de Gales como 47,11 son á 100. En Lóndres durante el mismo año, las defunciones por todas las causas reunidas llegaron á 60.442 y la tisis tuvo por su cuenta, 7.010. Pero hay que tener presente, que la población de Lóndres, sólo constaba en el empadronamiento de 1841 de 1.948.241 habitantes, y que Graves en la época en que esto escribía, sólo hacía ascender á dos millones. A la Gran Bretaña en la misma época no le daba más que 19 millones de habitantes. Diremos para terminar que, la proporción que establecía acerca de la mortalidad de la tisis en Lóndres, era de que la tisis mataba anualmente en aquella ciudad un individuo por cada 285 habitantes.

Por último, mencionaremos la proporción que el doctor Jürgensen establece respecto á la mortalidad de la tisis en las tres grandes poblaciones: Lóndres, París y Berlin;

dice que por cada 100.000 habitantes mueren al año de tísis: en Lóndres 323, en París 382 y en Berlín 296.

Una vez hecho constar la opinión de tan diferentes como respetables autores, y las proporciones que consignan acerca de la mortalidad de la tísis, vamos averiguar el número de tísicos que mueren anualmente en aquellos puntos que más nos interesen. Pero como las cifras de los autores antes referidos varían algo entre sí, creo que lo que más se aproxime á la verdad será el término medio de todas esas proporciones. Por mas que esto no pueda ofrecernos una exactitud matemática, sin embargo, nos dá una idea muy aproximada de la certeza é importancia de este asunto. Hecha esta salvedad, pasemos á continuar el desarrollo de nuestro tema.

Aún cuando no sea más, que para que nos hagamos cargos de las numerosas víctimas que ocasiona la tísis pulmonar, no dejaré de mentar el cuadro de Schnepf, relativo, como antes digimos, á la mortalidad de la tísis en las cinco partes del mundo, citado por Valleix; el cual hace ver de paso, que si la tuberculización pulmonar es cosmopolita, es más frecuente y mortífera en unas regiones que en otras.

Partes del mundo.	POBLACION. — millones.	Proporción de defunciones de tísis por 1.000 habitantes.	Pérdida anual de tísicos.
Europa. . . .	266	3,5	931.000
Asia.	600	3,0	1.800.000
América. . . .	60	3,5	210.000
Africa.	40	2,0	80.000
Oceanía. . . .	2	1,0	2.000
<i>Total.</i>	968		3.023.000

Es de advertir, que en este cuadro, tanto la población relativa como la total de las cinco partes del mundo se

queda muy por debajo de la normal, y por lo tanto la cifra total de tísicos debe ser bastante superior á la que en él se consigna.

Según las últimas estadísticas mueren anualmente en Europa de tuberculosis pulmonar un millón de individuos.

Considerando á la población de Lóndres como compuesta de cinco millones de habitantes; y tomando el término medio de várias estadísticas, *anteriores á estos últimos años*, acerca del promedio anual de la mortalidad de la tisis en esta ciudad; puede calcularse apróximadamente que en Lóndres mueren todos los años á consecuencia de la tisis pulmonar unos 25.000 individuos.

Por lo que hace á Paris, aumenta un tanto relativamente el número de fallecidos por la tuberculosis pulmonar con relación á Lóndres; así es que podemos considerar como más de la mitad de aquella cifra, los muertos de tisis en dicha población, por su aumento rápido y por la menor observancia de la Higiene.

Respecto de nuestra capital, que nos atañe un poco más de cerca, de todos es sabido las pocas condiciones higiénicas que reúne; y vergüenza dá el decirlo, pero es la verdad escueta, Madrid es una de las poblaciones más atrasadas bajo el punto de vista higiénico; prueba fehaciente de la insalubridad de este centro es su gran mortalidad superior á la mayor parte de las grandes ciudades de Europa; pues muy contadas son las que figuran con una proporción de mortalidad tan grande. La mortalidad general de Madrid está representada por 41,20 por 1.000 habitantes, según el Dr. Pulido; por 40 por 1.000, según Legoyt y Fonssagrives; y según los datos oficiales de los cuatro penúltimos años de 1885 á 1888 ambos inclusive, el término medio de la mortalidad anual ha sido de 17.957,5 muertos.

Suponiendo que la población de Madrid consta de

500.000 habitantes, y teniendo presentes las proporciones antes mencionadas de la mortalidad de la tisis, lo mismo que su mortalidad en estos últimos años, y otra porción de datos que ya directamente ó bien por analogía se le pueden aplicar; podemos pues calcular para la capital de España, como cifra más aproximada, la de 3.000 el número de muertos causados por la tisis pulmonar al año.

En cuanto á nuestra España en general, tiene que lamentar la tardanza en la aplicación de los útiles conocimientos higiénicos, y tenemos que seguir lamentándonos, por desgracia, de la rémora que domina á nuestra nación para acometer tan benéficas empresas. La mortalidad, pues, de España en general es bastante más elevada que la de muchos otros pueblos europeos. El Sr. Legoyt y el Dr. Fonssagrives la calculan en un muerto por cada 38 habitantes. En una nota del traductor español de *La Higiene de Levy* se halla lo siguiente: «El término medio de defunciones es muy elevado en España, comparado con el de otras naciones; es superior al de casi todas las de Europa. Este término medio que durante el período de 1858 á 1862 es de 2,77 por 100 habitantes se ha elevado en el período de 1865 á 1869 á 3,30 por 100.» El Dr. Giné calcula que en España han muerto en 1869, 550.560 individuos. Según los datos oficiales, el término medio de todas las defunciones en España á islas adyacentes, en el quinquenio de 1880 á 1884, fué de 437.375 muertos anuales.

Teniendo presente que la población de España se compone de 17.000.000 de habitantes, comprendiendo solamente la parte peninsular é islas adyacentes, (Baleares, Canarias y presidios de Africa); y basándonos en los datos que hemos apuntado acerca de la relación que guarda la mortalidad de la tisis, en nuestro país y otros análogos, y en la mortalidad general de estos últimos años, bien podemos afirmar que la tuberculosis pulmonar oca-

siona en nuestra España 55.000 defunciones cada año. Esta cifra aproximada, creo que no exceda de ningún modo de la verdadera, antes por el contrario, es muy posible que se quede en un nivel mucho más bajo; puesto que se han incluido en la misma proporción las ciudades que el campo, siendo la de aquellas mucho mayor.

Concretándonos un poco más y dirigiendo nuestro examen á una sola provincia de España, eligiendo entre ellas, por ejemplo á la de Lugo, que es una de las de tercer orden; la cual consta de unos 480.000 habitantes. Haciendo en dicha provincia las observaciones convenientes y hallando la relación de su mortalidad por la tisis con respecto á España; resultan para la misma unos 1.553 fallecimientos á consecuencia de la tuberculosis pulmonar. Las observaciones de mi práctica confirmaron la aproximación de este número.

Aún cuando los números asentados y las proporciones establecidas entre la tisis y las demás enfermedades, y de la relación que se establece entre la mortalidad de la misma y el número de habitantes, y aunque el total asignado de muertes causadas por la tisis no tengan una exactitud, como ya digimos, verdaderamente matemática, no obstante, cumplen nuestro objeto, cual es el de poner de manifiesto con toda claridad el peligro grande y los incalculables perjuicios que la tuberculosis pulmonar ocasiona á la humanidad y á los pueblos. Esos guarismos son un libro abierto en donde podemos adquirir el convencimiento pleno de las grandes hecatombes á que dá lugar ese fatal padecimiento y al mismo tiempo nos ponen de relieve la imperiosa necesidad de llevar á cabo indispensables reformas con el fin de oponer los adelantos de la Higiene y de toda la Ciencia Médica á la marcha destructora de esa afección.

CAPÍTULO IV

Edad en que se padece la tisis.—Pérdidas en intereses que causa en España, Madrid y Lugo.—Lo que se ganaría si se aplicase la Higiene.

Prescindiendo de todo sentimiento humanitario y apreciando la vida del hombre sólo bajo el punto de vista material, podemos ver las cuantiosas sumas de valores que la tuberculosis pulmonar consume á los pueblos. Es verdad que esta manera de juzgar las cosas es demasiado egoísta, y descartada por completo de toda compasión, amor y fraternidad, sentimientos que bien há menester el infeliz que es presa de aquella aciaga enfermedad; pero siendo las cuestiones económicas y bursátiles las que están á la órden del día, es preciso hacer ver de este modo á las naciones, que sus presupuestos no aumentarán con las reformas profilácticas que acerca de la terapéutica de la tisis se intenten, ni que por eso el erario de nuestra patria haya de sufrir desperfecto alguno, antes, por el contrario, los ahorros que nos reporten superarán grandemente á los pequeños gastos que se hagan, y los servicios que nos suministren todas las mejoras que en este sentido se verifiquen, serán de grandiosa utilidad y de inmensa importancia.

Apliquemos ahora todos estos principios que dejamos establecidos á nuestra España, que es una de las naciones que necesitan con más urgencia mayores economías y más grandes reformas higiénicas. Y siendo estas de utilidad general, y aportando incremento en los intereses nacionales,

es de todo punto indiscutible el que se establezcan en breve plazo.

Expondremos ante todo y como preliminar de este capítulo, para que después nos sirva de base en nuestros cálculos, la relación que guarda la edad con el padecimiento que nos ocupa. Dice á este propósito G. Dienlafoy: «La tuberculosis es sobre todo, el patrimonio de la juventud.» El célebre Graves, antes mencionado, cree que es rara en los primeros años de la vida, frecuente de cuatro á cinco, de cuatro á siete. Desde esta época, casi guarda la misma proporción hasta la pubertad en que se eleva subitamente.

Repetiremos las frases con que se expresa M. Ed. Monneret, (Patología Interna) acerca de este punto: «Las estadísticas que sobre la edad se han formado varían singularmente; sin embargo, puede darse casi como cierto el resultado siguiente: en general los $\frac{3}{5}$ de las tísisis pulmonares se desarrollan de 20 á 35 años, y los $\frac{2}{5}$ restantes de los 35 á los 50. La tísisis heredada se manifiesta generalmente antes de los 30 años. Es raro el que se desarrollen los tubérculos antes del tercer año de la vida.»

Todos los autores están conformes en que la tísisis ataca con muy poca frecuencia en los extremos de la vida y que su mayor número de víctimas, son de 20 á 30 y 35 años, precisamente en la edad de mayor vigor, y en la que más útiles y señalados servicios se pueden prestar á la sociedad. Pero como quiera que algunas defunciones tengan lugar en los primeros años á causa de este padecimiento, no dejaré de señalar las proporciones que acerca de esto se formulan. El Dr. A. Grisolle, en su obra citada, refiere: que el máximun de mortalidad de la tísisis es, según el Doctor Clarke, hácia los 30 años y disminuye gradualmente de esta edad en adelante. Bayle dice que desde los 40 á 50 años es el período en que con más frecuencia se desarrolla la tísisis en los hospitales de París. Y hablando de la tuberculosis general trae á colación los datos de M. Er.

Boudet, quien ha demostrado después de haber hecho numerosas y concienzudas investigaciones, que en los dos primeros años de la vida existían tubérculos en los pulmones ó en los gánglios bronquiales; en la proporción de 1 por 57; que de los 3 á los 15 años los había en $\frac{3}{4}$ de sujetos; y de los 15 á los 76 años en las $\frac{6}{7}$ partes. Por supuesto, estas producciones están en su mayoría en estado latente.

Puede decirse, que muy poco discrepan los resultados de unos y otros en esta materia, y consignaré como más concreto y detallado el cuadro de Marc d'Epine, referido por Valleix: En 1.000 defunciones, cuenta la tisis pulmonar en Génova en el término de 13 años, de

<u>0 á 1 años</u>	<u>1 á 3</u>	<u>3 á 10</u>	<u>10 á 20</u>	<u>20 á 30</u>	<u>30 á 40</u>	<u>40 á 50</u>
3	34	72	304	429	343	220
<u>50 á 60</u>	<u>60 á 70</u>	<u>70 á 80</u>				
100	4	8				

Resultados análogos se han observado en Inglaterra; y en concepto de Lombard ocasiona la muerte con mayor frecuencia de 20 á 40 años.

Es sabido ya que á los niños no puede concedérseles un valor tan grande como al hombre que entra en la sociedad como miembro constituyente de ésta, y por lo mismo eliminaremos de nuestros cálculos esa parte alícuota, que aún que es importante, sin embargo, no pesa tanto en la balanza económica, que es la base de nuestros proyectos. Por otra parte ya hemos visto lo rara que es la tisis en los primeros períodos de la vida, y nos contentaremos con eliminar una décima parte, correspondiente á los tísicos que sucumben en los doce primeros años de nuestra existencia; es decir, de 1.000 individuos que mueren tísicos, 100 fallecen antes de los trece años. Desde que el hombre pasa de esta época ya presta servicio á la sociedad.

Hecho este descuento y apreciando al hombre por su trabajo material nos quedan para Madrid 2,700 individuos, para España 49.500, y para la provincia de Lugo 1.398 individuos, que podemos considerar ya como otras tantas actividades trabajadoras. Hemos dicho también y lo afirmamos, que el español valia tanto como cualquiera de los individuos de las demás naciones civilizadas. Pues bien, tomaremos por tipo de ese valor que al hombre se le asigna, el que M. Rochard establece para todo obrero francés, ó sea el de 6.000 francos, equivalentes á seis mil pesetas con bien poca diferencia.

Tomemos, pues, el precio de 6.000 pesetas por cada individuo, teniendo presente que en toda España mueren al año de tuberculosis pulmonar y en la edad de poder trabajar unos 49.500 individuos. En vista de esto, podemos valuar en unos 297.000.000 de pesetas las pérdidas que la tisis ocasiona sólo por su letalidad en nuestra patria anualmente; sin agregar á esta cifra el valor de los 5.500 que fallecen antes de los trece años, los gastos de entierro, enfermedad y faltas de labor, que bien puede considerarse, á estilo de Rochard, como la mitad de aquella cantidad, es decir en unos 148.500.000 de pesetas; que sumadas á las anteriores dán un total de 445.500.000 de pesetas; cuyo capital pierde España cada año á consecuencia de la mortalidad causada por la tisis pulmonar.

Haciendo aplicación de estos cálculos á Madrid; puede conceptuarse que esta capital pierde todos los años por las defunciones de la tuberculosis en las 2.700 personas que sirven para el trabajo 16.200.000 de pesetas, añadiendo á esta cantidad el valor de los niños que mueren tísicos, que son unos 300, gastos de enfermedad, entierro, etc., que representan unas 8.100.000 pesetas, que sumadas á las anteriores reúnen un total de 24.300.000 pesetas. Tal es la pérdida anual de la Real Villa por causa de la tisis.

Limitando nuestras operaciones á una provincia, y en-

tre ellas á la ya referida de Lugo, y siguiendo el mismo procedimiento; tendremos que las pérdidas ocasionadas por la tuberculosis pulmonar en dicha provincia, comprendiendo las originadas por la muerte de los sugetos capaces de soportar el trabajo (1.398) de los que mueren antes de la edad de esa aptitud (155) gastos de entierro, enfermedad, faltas de labor, y demás desprendimientos; pueden valuar-se en 12.582.000 pesetas anuales. Para una provincia de esta categoría una renta anual de tal naturaleza representa un capital enorme, y capáz para hacer en ella maravillosas innovaciones respecto al progreso en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, que luego darían un resultado positivo.

Si en vez de tomar como tipo del obrero el valor que le asigna M. Rochard, tomamos el no menos autorizado de M. Paget, el cual prueba matemáticamente, como hemos dicho, que cada obrero inglés vale 12.500 francos, equivalentes á 11.875 pesetas, resultará que aquellas cantidades serán mucho mayores. Así las pérdidas de España representarán por la muerte de los sugetos aptos para el trabajo 587.812.500 pesetas, añadiendo á esta cifra la de 148.500.000 que representa el valor de los niños, gastos de entierro, enfermedad y faltas de labor, compondrán un total de 736.312.500 pesetas, cuya cantidad pierde España anualmente por la tisis, tomando por base en nuestros cálculos el precio que M. Paget concede á cada individuo. Aplicando la misma manera de calcular á Madrid tendremos: que por muerte de hombres, de niños, gastos de enfermedad, entierro y faltas de labor se pierde en esta ciudad la cantidad de 40.162.500 pesetas anuales, por el mismo concepto, ó sea por la tisis. Haciendo las operaciones del mismo modo para la provincia de Lugo, nos resultará un capital de 20.795.250 pesetas, cuya cantidad pierde la indicada provincia todos los años á consecuencia de la tisis, según el valor que M. Paget señala á cada obrero in-

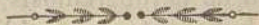
glés, que después de todo, el mismo precio puede dársele al obrero español, matritense ó lucense.

Sean unas ó sean otras las cifras que nosotros tomemos como verdaderas, ó bien sea un término medio, ello es lo cierto, que representan valores de mucha importancia, y suficientes para llevar á cabo las más atrevidas y satisfactorias reformas higiénicas en el tratamiento profiláctico de la tuberculosis pulmonar. Pero ya que todo lo hemos mirado por el prisma de la economía y del interés, no dejaré de hacer aquí una breve consideración. Es verdad que sería muy difícil poder borrar por completo la tuberculosis pulmonar del campo patológico, y conseguir, por lo tanto, que no hubiese ninguna defunción á consecuencia de este padecimiento, porque los múltiples recursos que la Ciencia podía prestarnos en este sentido no son muchos de ellos de fácil aplicación, y el optimismo científico no es factible en toda su extensión en la práctica. Sin embargo, llevando á feliz término algunos de los variadisimos mejoramientos que la higiene nos recomienda, y aplicando todas las medidas y remedios que puedan practicarse en cuanto ha lugar, efectuando todo esto con el mayor esmero posible; bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que la mortalidad de la tuberculosis pulmonar había de reducirse, por lo menos, á la mitad. Nada de prematura tiene semejante aseveración, porque en casos de enfermedades altamente mortíferas se han obtenido éxitos mucho más completos y satisfactorios con la aplicación de los recursos que la Ciencia pone á nuestro alcance, y con igual motivo, ya que no mayor, podemos asegurar que poniendo en juego los numerosos medios de que podemos disponer, la mortalidad de la tísis disminuirá indudablemente la mitad en sus casos graves, y tal vez más de esta proporción en el número de sus invasiones.

Una vez ya las cosas en este terreno, y aplicadas las medidas profilácticas que la Higiene nos suministra, ob-

tendríamos como producto de nuestros desvelos, para España en general (Península é islas adyacentes) una economía de unos 222.750.000 pesetas según unos, ó bien 368.156.250 pesetas según otros; de todos modos, cualquiera de estas sumas empleadas en la terapéutica y profilaxis de la tisis daría resultados sorprendentes dentro de breves años. Para Madrid tendríamos una ganancia anual de 12.150.000 pesetas; ó bien, según el último balance que hicimos, unos 20.081.250 pesetas, cuyas cantidades son muy respetables, por lo que hace á nuestra capital. Por último, para la provincia de Lugo se conseguiría un ahorro de unos 6.291.000 pesetas, ó bien de 10.397.625 pesetas haciendo el cálculo basándonos en el precio de Paget; estas economías que dejamos apuntadas son todos los años, y cualquiera de las cifras que tomemos son de muy digna consideración en asuntos de esta naturaleza. Todo esto nos indica, que todos los trabajos y sacrificios que hiciésemos en este concepto, es decir, en pró de la terapéutica profiláctica de la tisis, serían en extremo favorables á la riqueza patria, y las cantidades empleadas en estas mejoras vendrían á ser insignificantes préstamos por unos réditos incalculables.

Si en un año se ahorran cantidades tan importantes, en un espacio de tiempo mayor, por ejemplo de diez años, la economía sería entonces de alta consideración, y lo bastante para llevar á cabo con holgura los más atrevidos proyectos y gigantescas reformas.



CAPÍTULO V

Contagio de la tisis.—Curabilidad de la misma.—Detestables condiciones que rodean á su tratamiento en nuestros hogares y en los hospitales.

Diremos dos palabras acerca del contagio de la tuberculosis pulmonar: ha pasado ya al dominio del vulgo que la tisis se trasmite de unos individuos á otros. Esta idea del contagio se ha arraigado en la generalidad de los pueblos, que en muchos de ellos existían leyes especiales á fin de evitar el que este padecimiento se trasmitiese á los que frecuentaban el trato de los pobres tísicos. Las medidas de limpieza y espurgo que adoptaban ya en las épocas antiguas, la apatía y el temor con que miraban á los desgraciados que sufrían esta enfermedad, como á sus familias eran creencias muy respetables, puesto que eran hijas de la observación y de los mismos conocimientos científicos de que se hacían dueños á través de los siglos. Pero no ha sido solo la preocupación vulgar é inveterada que en todos tiempos ha reinado, la que exclusivamente ha demostrado la contagiosidad de la tisis; sinó que la experiencia clínica vino á corroborar este concepto y sancionar la contagiosidad de la tuberculosis pulmonar.

Es verdad que hubo autores y médicos que han combatido, y hasta con entusiasmo, el contagio de la tisis; pero á esos no seré yo quien los juzgue, sinó que el tiempo y el progreso de la ciencia ya se encargaron de descu-

brir la verdad y de concederle á cada uno el premio ó el castigo á que es acreedor.

Hoy la ciencia asesorada de todos los medios de investigación, y especialmente de la experimentación, ha puesto este punto en el terreno de la certeza. Los experimentos de Villemin, los descubrimientos de Koch, los estudios de Klebs y otros muchos, así como los numerosos datos aportados en el penúltimo Congreso médico de Paris y en el del año pasado en Barcelona han desvanecido por completo todas las dudas de los que tenían algunas sospechas, poniendo á la órden del día la contagiosidad de la tisis, confirmando de este modo las creencias antiguas. En fin, la Ciencia en pleno ha ventilado este asunto con el más recto criterio, y ha señalado á la tuberculosis pulmonar como una enfermedad *infecto-contagiosa* y *hereditaria* de las más terribles.

Las vías por donde se introduce el elemento generador de la tisis, *Bacilo de Koch*, son varias, pudiendo citarse entre ellas como principales: la respiratoria y la digestiva; también se trasmite de hombre á hombre por la vía rectal (Dr. Bonnakis de Atenas); y según Galtier, Bernardeau, Guibot, Castan y Clay por la intrauterina; por las respiraciones recíprocas en el acto del coito y por la compenetración de los ósculos. Acerca de esto puedo citar una observación de mi práctica; en la que se trata de un sugeto de una constitución robusta y sin antecedentes patológicos, ni hereditarios, relativos á la tuberculosis; á consecuencia de haberse enlazado consecutivamente con dos mujeres que han fallecido de tisis, él observando el mejor género de vida y sin otra causa que lo explicase ha sucumbido á la tuberculosis pulmonar á la edad de 34 años, pagando con la vida las caricias de sus esposas. Pero además de estas vías de transmisión, creo para mí, que debé tenerse muy presente la vía de introducción por las soluciones de continuidad, sea cualquiera la parte del cuerpo en donde radiquen.

Por más que el pronóstico de la tisis pulmonar se haya pronunciado siempre como gravísimo y casi fatal, no obstante, todos los autores han reconocido que había algunos casos en que era curable, si bien muy raros para muchos observadores. La curabilidad de la tisis es, pues, un hecho demostrado por la clínica y sobre todo por la observación necroscópica. Podría traer á este propósito numerosas citas; pero sólo me limitaré á referir lo que dicen dos médicos de fama, uno de mediados de este siglo y otro de estos últimos años.

En efecto, A. Grisolle (obra citada) hablando de la curación de la tisis, decía: «Se encuentran vestigios de esta terminación muy frecuente en los adultos y en los viejos: según Ernesto Boudet se hallan en los $\frac{9}{44}$ de los que mueren desde los 15 á los 76 años. Despues dice que, Guillot generalmente en Bicetra afirma que los $\frac{4}{5}$, por lo menos de los viejos cuyos órganos examinaban despues de la muerte presentan vestigios indudables de una afección tuberculosa antigua.»

El Dr. Du Jardin Beametz se expresa en su «Clínica de Terapéutica» en estos elocuentes términos: «La tisis es curable, este es un hecho innegable, y aún se puede añadir que es curable en todos sus períodos.»

Otros muchos clínicos podría citar, como: Hermán Eichhorst, Jaccoud, etc., pero inútil creo acumular tests para probar una cuestión que á todas luces está ya demostrada, y podemos sentar como cierto, sin temor de equivocarnos, que la tuberculosis pulmonar es curable, especialmente en los primeros períodos, y aún en sus últimas etapas, aunque muchísimo más raro.

Si la curación de la tisis no es tan frecuente como fuera de desear, no pende esto solamente de la naturaleza mortífera de la enfermedad, sinó que hay además las detestables condiciones que rodean á los desgraciados que son presa de este padecimiento, y que entran por mucho

en su terapéutica. Por una parte, sabido es ya que la tisis pulmonar es una enfermedad de curso lento. Valleix, obra citada, afirma que la duración ordinaria de la tisis es de uno á dos años. Esta circunstancia debe tenerse muy en cuenta por lo que hace á los gastos que requiere esta enfermedad.

Además de esto, la tuberculosis es una de esas afecciones que exige una alimentación especial, variada, reparadora y abundante, que siempre se hace costosa para la generalidad. Precisa una limpieza extraordinaria y aplicación de medios desinfectantes y antisépticos que eviten el contagio. Necesitan también los tísicos remedios frecuentes y costosos aplicados por personas peritas, y otras muchas atenciones dignas de un sér que vé consumirse su organización de un momento á otro, pero cuya inteligencia y sentimientos permanecen clara y elevados hasta los últimos suspiros. Y por fin, han menester estos pacientes de prolijos cuidados que siempre requieren para su desempeño otras personas dedicadas exclusivamente á este objeto. Por todos estos motivos esta enfermedad ocasiona en su larga evolución un número considerable de gastos y sacrificios, que muy pocos, por desgracia, pueden soportar. Aparte de todo esto, los infelices que sufren esta enfermedad pierden durante el trascurso de su penosa afección la aptitud para el trabajo, y de ahí que se vean imposibilitados de poder allegar los recursos indispensables para cubrir sus primeras necesidades; y esto que á algunos les podría tener sin cuidado, no obstante, son los menos, y á la mayoría les aflige esta triste condición á la par que acaba de hundirlos.

Todas estas circunstancias que acompañan al descubrimiento de esta afección colocan á los pobres que la padecen en la más desconsoladora situación. Los que se hallan, por ejemplo, en aldeas retiradas, faltos de los medios que su curación reclama; aquellos que apenas tienen lo su-

ficiente para alimentarse en buen estado de salud, carecen de los recursos adecuados para una alimentación apropiada en el trascurso de este proceso morboso, y de lo imprescindible para un tratamiento terapéutico racional y científico; y muchas veces hasta se hallan privados del consuelo que pueda prodigarles el médico, ya prescribiendo aquellos medicamentos y preceptos que alivien sus molestias, ya haciendo penetrar en aquel antro de miseria un rayo de esperanza, de dulzura y amabilidad, que es lo que caracteriza la presencia del sacerdote del fuego sagrado de la vida.

Por mas que los enfermos que sufren la tuberculosis pulmonar sean los más dignos de conmiseración, sin embargo, basta el espantoso fantasma del contagio y de la infección, para que esos desgraciados tísicos se vean sin que á su lado se halle quien les propine los cuidados más perentorios, y se consideren en el lecho de sus sufrimientos como la presencia siniestra de una gran calamidad y como el espectro de la feroz güadaña. Solo el amor fraternal, ó el cebo de los intereses pueden aminorar un tanto esas aterradoras sombras que pesan sobre la generalidad con una gravedad insoportable. Estas ideas formadas acerca del peligro que se corre en la existencia de los desventurados tísicos, no son, como ya hemos dicho, necias supercherías, sinó verdades científicas, puestas al alcance de todas las inteligencias, y que inclinan toda conducta, como es natural, en favor de la propia conservación y salud.

¡Cuántas veces se tendrá ocasión de hallar á una persona bien acomodada en el lecho de las dolencias á consecuencia de una tisis, y se podrá contemplar, aunque con indignación, como sus parientes huyen de ella, procurando no tocar á nada de lo que toca, ni usar cosa alguna de lo que ella usa; y ver como le entregan en manos de brutales y rudos sirvientes, movidos solo por la codicia; en fin, no puede uno menos de condolerse al considerar que ese des-

venturado enfermo no recibe ni siquiera una caricia de aquellos que son su misma sangre y que más tarde han de utilizar sus mismos intereses! ¡Pero, si este cuadro nos dá alguna compasión no hay más que dirigir nuestra vista al reverso de la medalla, y ver al pobre necesitado, que hace tantos meses dejó de ganar su pan de cada día, y que se encuentra tendido en miserables despojos, lleno de suciedad, reflejando en su rostro el sello de la agonía y de la miseria orgánica y social, sin tener quien le preste el más mínimo socorro, y luchando titánicamente con la muerte que forcegea por arrebatárle su existencia! Todo esto pasa en la mayoría de los casos de la vida privada, y todo aquel que ejerza la noble misión de la Ciencia Médica habrá podido observar estas escenas desagradables en su práctica particular.

A propósito de lo que llevo dicho, recuerdo perfectamente un caso que he tenido ocasión de observar: tratábase de un individuo que era medianamente ilustrado y había recorrido casi toda la península, al que le acometió la tísia á los 39 años; al principio de su enfermedad disponía de algún dinero y procuraba atender á su padecimiento lo mejor que podía, guardando un aseo muy regular; pero le atormentaba más que su misma enfermedad, según me decía, la indiferencia y el temor con que le trataba su familia, á la cual había hecho grandes favores, pues sus numerosos hermanos y hasta su mismo padre huían de él, y no se le acercaban siquiera para consolarle ni servirle un caldo, teniendo que valerse para ello de una persona extraña movida únicamente por el salario que le concedía. A medida que la enfermedad fué avanzando los recursos se habían escaseado, llegando á tal situación que hasta no tenía quien le lavase la ropa, ni hiciese su cama, ni la limpieza de su cuarto; llenas las tapias y el suelo de esputos secos y recientes, convertida aquella habitación en un foco de inmundicias y un nido de microbios, sin tener ali-

mientos ni apenas quien se los preparase; aquel hombre ha fallecido despues de un año de sufrimientos.

Como quiera que para obviar muchos de estos inconvenientes se hallan establecidos los hospitales, diremos dos palabras acerca de estas venerandas y caritativas instituciones. No podemos menos de bendicir el glorioso día en que se han fundado esos sagrados templos de la fraternidad y de la compasión. ¡Gloria á los sentimientos humanitarios y á los ideales religiosos del Cristianismo que han levantado en medio de las vicisitudes sociales esos palacios de consuelo y protección, en donde se dulcifican los acibarados días del indigente que padece, y en donde se le tratan, en cuanto se puede según las prescripciones de la Ciencia, los padecimientos que le acosan!

Sin embargo, este sublime progreso no ha llegado aún á la meta de sus aspiraciones. Hoy tal como se hallan constituidos, sobre todo en nuestra nación, adolecen, por desgracia, de muchos defectos, por no adaptarse como debía ser á los preceptos de la Higiene. Por lo que respecta al papel que desempeñan en la tuberculosis pulmonar, bien puede decirse que apenas cumplen condición alguna de las que esta cuestión exige.

Tenemos hospitales generales mejor ó peor montados, en cuyas salas ingresan una porción de enfermos de todas clases, permaneciendo mezclados al azar, tuberculosos con reumáticos, pneumónicos con tifoideos, variolosos con diabéticos, histéricas con cancerosas, etc., etc., viniendo á confundirse todas las agrupaciones en una sala que representa la patología interna casi entera; dando lugar en cada una de estas clínicas á un verdadero criadero de enfermedades. De ahí que muchos van á estos establecimientos á curarse de un padecimiento y fallecen á consecuencia de otro muy distinto. En estas detestables circunstancias, aparte de las infinitas faltas higiénicas que tienen estos establecimientos, la tuberculosis pulmonar se provoca de un

modo indecible y adquiere en su mortalidad un incremento extraordinario. Nada de particular tiene, pues, que en nuestras policlínicas se multiplique la tisis de una manera indescriptible, dada su frecuencia, su facilidad de transmisión y las circunstancias favorables para su desarrollo. En el trascurso de mis estudios y profesión varias veces he observado que muchos individuos se presentaban en las salas de nuestros hospitales aquejando una dolencia cualquiera, ó una enfermedad crónica bastante llevadera, ó bien un proceso agudo de leve intensidad, y al poco tiempo resultaban tísicos de pronóstico fatal, sucumbiendo luego á esta afección, sin haber tenido los menores antecedentes patológicos hereditarios ni individuales que se relacionasen con la tisis, y si tan sólo el comercio íntimo de sus compañeros de habitación, en donde reinaba una mescolanza imperdonable de tísicos con pacientes de otras muy distintas entidades morbosas. He visto igualmente, que algunos tuberculosos pulmonares eran acometidos de otros padecimientos, que ó bien agravaban su afección ó les llevaban al sepulcro; debido esto á que en aquellas clínicas pululan, se respiran y tragan intinidad de noxas patógenas de otros muchos procesos morbosos. Y, por último, era ya proverbial que casi todos los tísicos, en virtud de esas deplorables condiciones se agravaban en su enfermedad, en vez de hallar el alivio que buscaban, apesar de un tratamiento farmacológico científico. El Dr. Dujardin Beametz deplora que las condiciones de los hospitales sean poco apropiado para estudios terapéuticos de la tisis. Dice que esta enfermedad es de las más numerosas en los hospitales, pero que estos son medios malos para curar la tisis, por las pocas condiciones higiénicas que reúnen.

Bien claro se deja ver, pues, la imposibilidad de que los enfermos de tuberculosis pulmonar sean tratados cual corresponde en sus casas; ya por la falta de medios apropiados, ya por no reunir sus viviendas condiciones conve-

nientes indispensables en la profilaxis de este padecimiento; ó bien por la miseria que rodea á muchos de ellos, la escasez de aparatos *ad hoc*, alimentos convenientes, y en algunas ocasiones hasta por carecer de asistencia facultativa; ya también por el desdén y repugnancia con que son asistidos. Y por último, y sobre todo, el peligro que se corre de propagar esta afección á las personas que frecuentan el trato de estos enfermos, originándose así de estos focos morbosos múltiples casos de este proceso patológico, que le arraigan y eternizan en la humanidad.

En los hospitales tal cual se hallan hoy, al menos entre nosotros, observamos igualmente lo muchísimo que dejan que desear respecto á este punto; porque sabido es ya los desastrosos desengaños que profesores y enfermos hallan en esas clínicas con los diversos métodos de tratamiento de la tuberculosis pulmonar. Es preciso que estos establecimientos se multipliquen y sufran una reforma casi radical con arreglo á las leyes de la higiene para que se utilicen con fruto en el tratamiento de las afecciones, y particularmente de la tisis; esta es la más rica mina que debe explotar la humanidad; de lo contrario, mientras no se atiende á la profilaxis, nuestros tísicos irán á esas salas á concluir más presto con su vida, á transmitir su enfermedad á otros que no la tenían. Tal es lo que pasa en lo que se relaciona con la terapéutica y profilaxis de los tísicos, lo mismo en nuestros hogares como en los hospitales.



CAPÍTULO VI

Creación de hospitales para tísicos.—Condiciones de estos establecimientos.—Las pérdidas de la tisis y su coste.—Lo que se ganará.

En vista de lo que dejamos expuesto en estos mal trazados renglones, y de todo cuanto hace relación al padecimiento que nos ocupa, urge introducir alguna reforma favorable que auxilie todo cuanto sea posible su tratamiento, conduciéndole á una región científica y de resultados positivos y satisfactorios. Los innumerables trabajos de los hombres de ciencia que han venido sucediéndose desde las más remotas edades, prueban á la larga la capital importancia de esta cuestión, y debieran ser un poderoso estímulo para que todos coadyuvásemos á esa obra bienhechora; tanto los gobiernos como los particulares, lo mismo los ricos que los pobres.

El tratamiento de la tuberculosis pulmonar nunca podrá llenar las exigencias que de él se reclaman, mientras no se ejecute en condiciones idóneas para que surta los efectos que de él podían esperarse, y llene las aspiraciones de aquellos que se afanan por hallar un medio de combatir ese azote de la humanidad.

Las prácticas profilácticas y terapéuticas que de una manera tan defectuosa vienen haciéndose en el tratamiento de la tisis, no pueden dar de sí otra cosa más que un fatal desengaño, porque las circunstancias que acompañan á su administración son completamente contraproducentes. Se ha recorrido toda la materia médica para haber de

hallar un medicamento que combatiese esta enfermedad, y todo ha sido casi como inútil. Al instante que aparecía un agente terapéutico se aplicaba á la curación de este padecimiento, y se proclama con tal entusiasmo que se le creía como específico, hasta que por su impotencia se hacía acreedor al olvido, como todos los que le habían precedido; así fueron sucediéndose unos remedios á otros, postergando los últimos á los anteriores, llegando de este modo á la actualidad en la que nos encontramos en este punto á poco más altura que los mismos médicos de la antigua Grecia.

Es, pues, de toda necesidad el que se trate de buscar los medios más conducentes para que el tratamiento de la tísis no sea un mito. Para conseguir este ideal debemos dirigir nuestros pasos á la higiene, porque en ella están todas nuestras garantías de salvación en tan lamentable conflicto. Veámos para prueba de nuestro aserto las palabras en que se expresa el gran clínico Dr. Dujardin Beamez: «Si la tísis debe alguna vez desaparecer, sólo podrá ser por los incesantes progresos de la higiene.» (Clínica de Terapéutica.) Mientras esta ruta no se siga, no esperemos resultados halagüeños de nuestros esfuerzos; porque seguro estoy de que aunque hoy se descubriese un agente farmacológico verdaderamente específico contra este padecimiento, con tal que las condiciones de su administración no varíen de las que hoy rodean á la terapéutica de esta afección pocos frutos podríamos esperar de su prescripción, y bien presto caería en la indiferencia como los hasta aquí proclamados como tales.

Uno de los medios más apropiados al caso es, indudablemente, el de proporcionar á estos pacientes establecimientos *ad hoc*, en los que puedan someterse á un tratamiento rigurosamente científico. Llamémosles *sanatorios, casas ú hoteles de salud, hospitales de tísicos, nosocomios de tuberculosos*, ú otro nombre cualquiera, porque la de-

nominación es lo de menos; lo que más importa en este caso es su manera de ser. La construcción de estos establecimientos destinados exclusivamente al tratamiento de la tuberculosis pulmonar, es, á toda prueba, el camino más fácil y la nave más segura para poder salvar con mayor seguridad la desconsoladora situación en que nos coloca esa horrenda plaga que anonada nuestras vidas por su frecuencia y letalidad.

Pero, para que estas nobles instituciones pudiesen cumplir su sagrada misión, era preciso que se edificasen bajo los auspicios de todos los adelantos modernos, es decir, que todo aquello que se hiciese fuese con arreglo, lo más estrictamente posible, á las leyes de la higiene, y montados ya que no con lujo, al menos con los servicios necesarios. Y en estos sanatorios se admitirían á todos los tísicos, sin excepción de género ni condición social. Esta obra magna sería un progreso de grandiosa utilidad para todos.

No entraré en los detalles de construcción de estos establecimientos, por no hacer este discurso demasiado pesado; pero si diré, que la implantación de estos hospitales no debe hacerse de ninguna manera en el interior de las ciudades, porque sería perjudicial por todos conceptos, y faltaríamos abiertamente á una de las primeras condiciones que hemos tener en cuenta. Pues bien, debemos llevar estos establecimientos fuera de las poblaciones, y tener presente para su implantación y orientación las condiciones del suelo, localidad, clima, subsistencias y todas aquellas que recomienda la ciencia. Su construcción, distribución de locales y dependencias auxiliares deben hacerse con el más exquisito celo, no escaseando nada de todo aquello que contribuya á la curación y alivio de los tísicos.

La conducción y abastecimiento de aguas, el desagüe de las letrinas y demás inmundicias deben verificarse con todo rigor higiénico, y no como hoy sucede por desgracia,

en algunos nosocomios generales. La ventilación, tanto natural como artificial, la calefacción, la iluminación y las vías de comunicación se harán con arreglo á lo más adecuado á la profilaxis del padecimiento que nos ocupa. Debe ponerse singular cuidado en la parte material de estas casas de salud á fin de que no falte lo necesario para el objeto que se persigue; tanto la limpieza, como la asépsia, lo mismo el recreo y la comodidad, etc., deben mirarse de antemano como auxiliares poderosos, disponiendo al efecto de buenos paseos, deliciosos jardines, lavaderos aislados y con aseo, horno, cocina, vaquería, capilla, sala de autopsias, etc., etc., y de todos los departamentos precisos en una casa de esta indole.

Después de construido el edificio con el número y ubicación de las salas proporcionado al número de enfermos que ha de contener, y con todos los demás departamentos precisos para el fin á que se dedica; pasemos á dotarle de los elementos indispensables de servicio interior. Debe disponerse de camas, buena cantidad de ropas, servicios de mesa, como igualmente de tocador y demás utensilios en proporción regular para atender á las justas reclamaciones y al bienestar relativo de los pacientes. Que se le suministren los alimentos y bebidas más adecuadas á la naturaleza de estos enfermos, en cantidad proporcional al número de los mismos, poniendo siempre singular cuidado en la calidad y pureza de estos elementos. Que se dote igualmente al establecimiento de los instrumentos y aparatos necesarios para el tratamiento racional de la tisis, así como también para su exacto diagnóstico, montados en sitios expofeso. Además, debemos tener muy en cuenta la desinfección de las habitaciones y de todos los objetos que puedan servir de vehículos de trasmisión de los agentes patógenos (Bacilo de Koch) de la tuberculosis; en esto como en todo lo que atañe á la limpieza debemos poner un cuidado especial.

Una vez edificados estos hospitales para tuberculosos con la mayor perfección posible, y dotados de los elementos indispensables para su buen funcionamiento, es de imperiosa conveniencia el que estas casas sean administradas y servidas por un personal idóneo, en donde no falten ilustrados ó inteligentes profesores auxiliados en sus heroicas faenas por personas laboriosas y probas. Pues bien, el personal facultativo debe ser instruido y en relación suficiente con la porción de tísicos que ingresen en sus salas; esta proporción puede ser arbitraria, pero creo que se precisa bien un médico por cada 80 enfermos diarios ó fracción de 80, para que estén medianamente atendidos; de lo contrario, si hay muchos enfermos y pocos médicos dejarán mucho que desear los resultados de estos establecimientos, como puede suponerse. Debe haber además un cuerpo de servicio apto y adecuado, lo bastante para satisfacer las demandas precisas en el cumplimiento de su deber; tal como buen número de enfermeros ó enfermeras, virtuosos, limpios y obedientes, cocineros ó cocineras bastante instruidos en el arte culinario, lavanderas cuidadosas, panaderas aseadas, administradores fieles y honrados etc., etc., y todos los domésticos y oficiales que se han menester en una casa de esta naturaleza para su recto funcionamiento.

Pero no basta sólo el que para cada nación se construyan uno ó dos de estos hospitales, porque el inmenso número de tísicos que á sus puertas afluirían, no podría tener de ningún modo acceso á sus salas; así el beneficio vendría á ser para unos cuantos, de aquellos que sin duda tuviesen mayor influencia, representando el total de los agraciados una cifra muy baja con relación al número general de tuberculosos pulmonares. De esta manera la reforma vendría á prestar un servicio demasiado limitado, porque quedarían sin aprovecharse de este grandioso beneficio la generalidad de los que lo necesitaban, y entre ellos aún los

más pobres; así mientras que algunos usurpaban la utilidad de los demás, la mayoría se encontraría en las mismas ó peores condiciones que las que existían antes de tales mejoramientos, y se hallarían privados de una gracia á la que, si se quiere, tienen más derecho que nadie, pues ya sabemos que ante la ciencia no hay potentados ni míseros, ni influencias ni desamparos, todos son iguales, y ante los sentimientos humanitarios se empieza siempre por el menesteroso.

Es de pura necesidad, pues, que esas caritativas instituciones ó sanatorios se establezcan ya que nó con abundancia al menos con precisión, es decir, que haya suficiente número de estos establecimientos para atender á las reclamaciones de todos los tísicos. Si en cada provincia se pudiese crear una de estas casas de salud, claro se está que el adelanto sería altamente provechoso, pero, como esto supondría un salto de gran avance, bien nos podíamos contentar con que en cada región se erigiese uno de estos establecimientos. Creando en cada región un hospital para tísicos, que vendrían á ser para nuestra España (Península é islas adyacentes) unos veinte, se conseguía llevar á cabo uno de los más útiles progresos, puesto que podían aprovecharse de los preciosos frutos de estos sanatorios, todos aquellos que acudiesen á sus salas, sin distinción de categorías, y necesitasen los recursos apropiados á la curación de la tisis. Sabido está que el número de tuberculosos pulmonares existentes en cada región es mucho más que bastante para llenar ese contingente de hospitales, por mas que fuesen espaciosos y bien dotados, sin embargo, al construir estos edificios siempre se tendrá presente la relación precisa entre su capacidad y la población de la región ó ciudad á que sean destinados.

El que se lleve á la práctica este importantísimo adelanto, como el que el número de estas casas hospitalarias sea en la proporción suficiente al número de enfermos, es

de todo punto imprescindible. Para lo cual, repito, es de imperiosa necesidad, el que se cree un establecimiento de esta índole, construido y montado según los adelantos modernos, en cada región, atendiendo para el sitio de su establecimiento y demás circunstancias á los preceptos de la higiene solamente; siendo preciso, como es natural, que se destine uno de estos sanatorios á los tísicos de Madrid. Sin dilación de tiempo debíase emprender tan sublime obra, y pronto apreciaríamos las ventajas sin igual de esos nosocomios dedicados al tratamiento de la tuberculosis pulmonar, que á la par que produjesen óptimos frutos, promulgarían al mundo entero nuestros sentimientos humanitarios, poniendo al mismo tiempo muy alta nuestra reputación científica y nuestro progreso social.

Hemos dicho en otro lugar y lo repetimos aquí, que si se llevase á feliz término esta preciosa empresa con arreglo á lo establecido por la higiene, la mortalidad de la tisis se reduciría por lo menos á la mitad y los casos de invasión disminuirán mucho más de la mitad (1). Pues bien,

(1) Habiendo sido esta afirmación uno de los puntos que más llamó la atención del Tribunal, el autor sostuvo su manera de pensar fundándose para ello, en la disminución notable de la mortalidad que se ha obtenido en las mas terribles epidemias mediante el empleo de los recursos que la higiene pone á nuestro alcance. Así es que tanto el cólera, como la fiebre amarilla, lo mismo la viruela que la difteria, etc. causan incomparablemente muchos menos estragos en aquellos puntos en que aplican la profilaxis. Pero, no sólo la higiene ejerce su influencia sobre las enfermedades infecciosas y epidémicas, sino que su acción profiláctica se extiende á todas en general. A beneficio de esta ciencia la sífilis, por ejemplo, ha cambiado muchísimo de aquél aspecto aterrador y de aquella letalidad abrumadora de los siglos XVI y XVII. Por la misma razon la tisis tiene que disminuir en su mortalidad una proporción considerable siempre que en auxilio de su tratamiento llamemos á la higiene con todos sus adelantos. La práctica viene á confirmarnos esta maravillosa perspectiva; véase sinó lo que consigna en su obra «Enfermedades de los pulmones» (Madrid 1889) el célebre especialista inglés, Dr. R. Douglas Povvell: Hablando de las curaciones que se obtienen en la tuberculosis ó tisis pulmonar, dice: «Y se comprueba al ver que la estadística demuestra con datos convincentes, que la mejora de las condiciones higienicas ha producido una disminución notable de la cifra de mortandad de la tisis. La proporción de muertes ha disminuido en todas las edades con algunas excepciones insignificantes para los dos sexos; la disminución ha sido para los hombres de 14, y para

ya hemos visto que esa mitad de todos los tísicos, y que sin duda alguna, se podían salvar con la creación de estos establecimientos, representan al año, según una de las cotizaciones más bajas, el valor de 222.750.000 pesetas para nuestra España, y de 368.156.250 pesetas, según uno de los valores más altos. Si tomamos ahora la cifra menor y la dividimos por 20, ó sea el número de hospitales para tísicos que era conveniente crear en España, corresponde á cada uno 11.137.500 pesetas, con la otra cifra resulta mayor capital, cuya cantidad es mucho más que regular para construir y montar una casa de tal naturaleza, y máxime fuera de las ciudades en donde se hace todo con más equidad. Vemos pues, que con la mitad de lo que se pierde á consecuencia de la tuberculosis pulmonar en un año, calculando por lo bajo, se podían establecer un buen número de sanatorios para la acertada curación de la tísis, con los que seguramente cortaríamos por el medio los estragos que causa, lo cual nos indica que estos establecimientos se desempeñarían de su coste y de nuestros sacrificios el primer año de su funcionamiento.

Aúnque demostrado de una manera elemental, sin em-

las hembras de 22 por 100. Para los dos sexos la disminución ha sido mayor (28 por 100) entre los 15 y 20 años, cuando las muertes pueden considerarse, en sentido económico, como una pérdida mayor. La disminución no ha sido mucho menos considerable, tanto en los hombres como en las mujeres, en edades superiores á 25 años, variando de 18 á 26 por 100. La mortandad de los hombres de más de 35 años ha disminuido muy poco, pero la de las mujeres ha disminuido de 14 á 24 por 100 hasta los 75 años, después de cuya edad hay un aumento insignificante. Las vidas salvadas ascienden á 3.966 hombres y 6.806 mujeres; nada menos que 2.885 de los primeros y 4.233 de las últimas, en las edades de 15 á 35 años, que son las más útiles para la sociedad. « Tanto lo que llevamos dicho como los numerosos casos de tísis curados por el nombrado especialista en el Brompton Hospital de Lóndres, prueban con toda evidencia que nada de exagerado tiene la tésis que sostenemos, puesto que si aquellos hospitales se perfeccionasen con todo lo que la higiene recomienda, ó se construyesen otros más perfectos únicamente para la curación de la tísis, en lugar de ser para las enfermedades del pecho en general como son los más acondicionados de hoy, la relación de los curados de la tísis sería acaso mayor del 50 por 100. (Contestación al Presidente del Tribunal.) »

bargo, bien se deja comprender la altísima importancia de este asunto, lo necesaria que se hace esta reforma, siempre que se estime en algo la salud del pueblo y los intereses de la nación. Todo se reduce, pues, á que los gobiernos y nosotros mismos diésemos principio á esa verdadera obra de redención de los tísicos, anticipando un capital infinitamente pequeño equiparado con la maravillosa utilidad y los preciosos ahorros que en pos de sí traería tan benéfica reforma, no ya para una sola nación, sino para la humanidad en general. ¿Qué importan algunos millones de reales ante esa pérdida anual de una enorme cantidad de millones de pesetas; y sobre todo, ante la pérdida de tantos miles de hermanos nuestros? Y además teniendo en cuenta el estado del Tesoro, para que tal adelanto fuese menos oneroso sobre los intereses de nuestra pátria, podía llevarse á término no en un año sólo, sino en el espacio de cinco años, por ejemplo; y entonces, comparemos las cantidades que se pierden en ese quinquenio por la tuberculosis pulmonar con la que se haya invertido en erigir esos hospitales para su curación, y á buen seguro, que no habremos empleado en esta notabilísima mejora el 5 por 100 de los daños que produce semejante afección, y que por el contrario iremos ganando en esta loable empresa, no sólo crecidas sumas, sino además, hora, gloria, satisfacción y garantías de salud y vida.

CAPÍTULO VII

Funcionamiento de estos sanatorios.—Auxilio á los presupuestos.—

División de los tísicos en secciones de ricos, medianos y pobres.

Idea de su tratamiento.

Rematada ya la magnífica obra de los establecimientos benéficos de esta naturaleza, y puestos ya en las condiciones de poder funcionar, y por ende recibir los desdichados tísicos que precisasen los auxilios de la ciencia; podían acudir á ellos todos los tuberculosos pulmonares en general, fuesen ricos ó menesterosos, huérfanos ó padres de familia, jóvenes ó viejos, individuos libres ó sometidos á algún cargo obligatorio, y en fin, que aquí tuviesen acogida lo mismo los hombres que las mujeres. A todos alcanzaría el portentoso bien del tratamiento profiláctico y terapéutico adecuado y oportuno á ese terrible padecimiento. Sin miras de ningún género podían ser admitidos todos los que solicitasen este beneficio, pues aún cuando fuese una persona bien acomodada, no podía en su casa disfrutar de una asistencia y tratamiento tan apropiado como la indicación de su enfermedad lo exigiese, y que en estos establecimientos podría dispensársele sin menoscabo de los intereses de su hacienda, ni de los de la casa hospitalaria que le albergaba.

Una vez ya los desgraciados tuberculosos en estos sanatorios, con tal de que las condiciones de su organización obedezcan, como hemos dicho, á los adelantos modernos, se hallarán libres de ese hacinamiento que reina en nues-

tros hospitales generales, y que tan malos efectos produce en todas las enfermedades, pero sobre todo, en las infecto-contagiosas. Se encontrarán igualmente al abrigo de la septicidad de esas atmósferas pépsimas, en medio de las que hoy en día viven y respiran, las cuales están pobladas por infinitos micro-organismos y gérmenes patógenos. No les veremos ya tan rodeados de suciedad, abandonados de todos y de sí mismos, sin cuidarse de su aseo, sin lavarse ni hacer la limpieza de su cuerpo, como puede observarse en cualquier casa particular ó clínica hospitalaria. Ya los esputos y otros restos infecciosos no permanecerán á la vista de los pacientes, ni serán un foco activo y constante de noxas patógenas, sino que la asepsis y antisepsis se encargarán de evitar estos inconvenientes, y de poner á los enfermos al resguardo de estas influencias morbosas. Ofreceráse á los tísicos, no una alimentación defectuosa, ó igual á la que hoy se les propina en los nosocomios, sino una alimentación abundante, bien elaborada, de buena cualidad, especial y apropiada á dicha afección, porque este es un medio poderoso de combatirla, y en el cual se fijan con particular atención muchos grandes clínicos, como Dujardin Beamez. En fin, que ya no encontraremos al tísico contemplando el pus del varioloso, ni la inercia del tifoideo, ni la marcha del tabético, ni los vómitos del canceroso, ni el aspecto del cardiaco; es decir, que no se hallará mezclado al azar con toda clase de enfermos, ni se le presentarán á la vista cuadros tan variados como desgarradores, ni se hallará expuesto á que le comuniquen otro padecimiento distinto del que tiene, ni él podrá transmitir á los demás su mortífera enfermedad; sino que se encontrará libre de todas estas contingencias, respirando un aire relativamente puro, celebrando los avances de su mejoría y gozando de un bienestar y una satisfacción tal vez no soñadas. Puesto que, en vez de entrar en un nosocomio general, como los que existen actualmente, con la idea

predominante de acelerar su breve carrera y concluir mas presto con sus días, entrarán en un hospital especial con esa alegría que infunde la esperanza; cuyas gratas ilusiones se confirmarán en su mente al contemplar que no le faltan ricos alimentos con que despertar su adormecido apetito; aire puro, comprimido, ó caliente, ó en otras distintas formas, según lo aconseja la ciencia, con que saciar sus dañados pulmones; al ver deliciosos jardines, caprichosas galerías, magnífico salon de recreo, en donde se escuche melodiosa música, se baile como lo permita el estado de las fuerzas, y otros mil elementos que ahuyenten su tristeza y su constante pesadilla; y en fin, al hallarse en una casa en donde la ciencia impera, el arte admira y la caridad gobierna.

Pasando ahora á otro género de consideraciones; sabido se está, que todas estas instituciones llevan anejas á su establecimiento, además de los gastos de construcción y dotación de todo lo necesario, otros gastos tambien de importancia para su sostenimiento. Debemos buscar, pues, un medio fácil de suplir un tanto y en su mayor parte los presupuestos anuales que de parte del tesoro nacional reclama el funcionamiento de estos establecimientos benéficos.

La manera más conveniente y menòs molesta de fomentar esta económica obra, es la de reglamentar el uso y aplicación de estos institutos hospitalarios, haciendo constar en el articulado de dicho reglamento las bases más apropósito para vencer esta dificultad. Para conseguir este objeto se hace necesario que cada enfermo contribuya, según su posibilidad, con una pequeña cuota, para ayudar al sostenimiento de los gastos de la casa, á parte de lo que la caridad pública pueda aportar; porque de todos modos estos enfermos mucho más tendrían que sacrificarse si tratasen su padecimiento en sus propias viviendas; y así se aliviarían bastante las cargas del Estado, por este medio,

y no se perjudicarían gran cosa ni los fondos particulares ni los públicos.

Tenemos ya para ingresar en estos hospitales de tísicos una série de enfermos de tuberculosis pulmonar de todas las clases, pertenecientes á las distintas categorías de la sociedad. Pues bien, para que todo marche en perfecta armonía, y puedan todos ser admitidos en dicho hospital y hacerse por lo mismo acreedores á los servicios que en él se prestan, impóngase á cada uno, según lo permitan sus intereses, una paga diaria que esté en relación con los capitales de que pueda disponer cada individuo. Para que esto no dé lugar á dudas, ni salga nadie perjudicado, será mejor dividir los enfermos en secciones, pudiendo admitirse tres ó más. Tendremos, pues, tuberculosos pulmonares pobres, medianos y ricos. Llamamos tuberculosos pobres á aquellos menesterosos que carecen de los recursos de primera necesidad para poder sostener y soportar la evolución de su padecimiento. Medianos consideramos á los tísicos que disponen de lo estrictamente necesario para atender con modestia á los gastos que produce el tratamiento y desarrollo de su afección. Y enfermos ricos á los que pueden con holgura y lujo de comodidades subsanar todos los desprendimientos precisos en la evolución de su enfermedad y en los diversos procedimientos de su tratamiento. Entiéndase bien, que esta división en nada debe afectar el fundamento y el modo de ser de nuestros establecimientos; es decir, que los auxilios y cuidados, así como los métodos de curación serán iguales para todos, con la única diferencia de que los que puedan pagarán mucho más, y estarán con algo de mas lujo, como por ejemplo, una sala reservada, ciertos miramientos, y otras consideraciones dignas de su persona.

La clase pobre que nunca dispone de nada y que siempre es la más numerosa, necesariamente había de afluir con mayor abundancia á las puertas de estos sagrados tem-

plos de protección y alivio. Negarles el ingreso que suplicaban sería un crimen y una tiranía. Para evitar que su estancia en estas casas no se haga tan pesada á los presupuestos generales del Estado, que los ayuntamientos de las respectivas localidades de los enfermos contribuyan con una cantidad diaria determinada por cada enfermo. Igualmente las diputaciones provinciales debían coadyuvar por los medios de su propia dependencia al cumplimiento de una necesidad tan apremiante como es la curación de los desventurados tísicos.

Los enfermos de la segunda clase, ó sean los de mediana posición, una vez que ya habían de hacer los mismos sacrificios, ó aún mayores en sus respectivos domicilios, sin tan buen resultado, que pagasen una cuota diaria, lo suficiente para sufragar los gastos que ocasionasen, sin lastimar sus propias haciendas.

Por fin, los ricos, ó sean los enfermos de primera categoría, que aún en medio de sus sufrimientos son reyes de la felicidad puestos en parangón con los pobres de la tercera clase; pues bien, estos señores enfermos en nada se rebajarían con entrar á gozar del consuelo y alivio de estos sanatorios, y después de todo, lo que más debe interesarles es su propia salud, lo mismo á ellos que á sus familias; estos tuberculosos que contribuyesen con un diario mucho mas subido, para que pudiesen disfrutar, sin detrimento de los intereses de la casa, ni de los demás enfermos, de las comodidades, lujo y consideraciones relativas á su posición social y á sus condiciones personales.

Por todo lo expuesto podemos venir en conclusión, que el establecimiento de estas casas ú hoteles de salud para los tísicos debe ser el ideal de todos aquellos que ansíen que la terapéutica de la tuberculosis pulmonar arroje de sí algún resultado favorable, y de los que estimen en algo la salud y la vida del género humano; mientras esta marcha no se emprenda y la jornada no se ultime con ventura, aque-

lla terapéutica será faláz y por todos conceptos defectuosa, y el producto de todas las prácticas y recursos será en realidad una fábula. Sinó seguimos este maravilloso derrotero, la tisis continuará siendo tan mortal como hasta ahora, y esta siniestra afección seguirá campeando por su cuenta y riesgo en medio de la humanidad y á fines del siglo de las luces y del progreso. Si el establecimiento de los hospitales especiales y dedicados exclusivamente á la curación de los tuberculosos pulmonares se lleva á cabo bajo la dirección de la Ciencia Médica, no tardaremos en ver con satisfacción sus brillantes consecuencias, y la notable progresión con que disminuye aquella plaga humana, abriéndose así una nueva brecha al estímulo que debe animarnos en el estudio de este interesante asunto, para que llegue un día en que se pueda coronar la terapéutica de la tisis con los emblemas de la perfección. De este modo quitaríamos de entre nosotros ese enojoso tributo de tantos jóvenes con que todos los años venimos contribuyendo á la muerte, y esa miseria orgánica bajo la que gimen muchos seres nobles é inteligentes; haciendo así á nuestro país uno de los mejores beneficios que podía ansiar.

Innecesario considero entrar en mas detalles acerca de la manera de funcionar estos establecimientos, ni de las bases de sus estatutos, y otras circunstancias que van anejas á sus fundaciones, porque esto sería mas propio de un tratado de hospitales. El fin que me he propuesto, como se deja ver, es muy distinto; sólo he intentado poner de relieve la gran necesidad que hay, singularmente en nuestra nación, de crear hospitales especiales para los tísicos, muy diferentes, dicho sea de paso, en todo de los generales que hoy existen. He tratado igualmente de demostrar los notables ahorros y las preciosas sumas que en pos de sí traería la fundación de dichos hospitales, haciendo rebajar en alto grado la mortalidad de la tisis, así como el número de sus invasiones, y evitando por lo tanto las pérdi-

das tan sensibles de aquella devastadora enfermedad. Por lo demás, con respecto á su manera de ser, basta que sean contruidos, dotados y regidos según los adelantos de la Ciencia Médica, y por ende de la higiene para que llenen cumplidamente su cometido.

Respecto al tratamiento que ha de emplearse en estos establecimientos contra la tuberculosis pulmonar, sólo me limitaré á decir, que lo primero y mas principal es la aplicación de los preceptos higiénicos en toda su extensión y con todo rigor; porque la verdadera terapéutica de esta enfermedad debe partir de la profiláxis moderna. La alimentación, lo mismo que el aire que ha de respirarse deben ser cuestiones de predilección, porque tanto el digerir como el respirar son funciones que sirven de base á toda medicación, tratándose de este padecimiento; puesto que administrando abundantes y exquisitas viandas podemos soportar fuerzas al organismo y detener un tanto la consunción que avanza con rapidez, y con el uso de un aire puro y vivificador calmar la fatiga y la ansiedad de unos pulmones anhelantes. Por lo que se refiere al método, procedimiento y agentes que hayan de emplearse en el tratamiento puramente farmacológico, nada más razonable que se prescriban aquellos que la observación y la experiencia haya sancionado como mas ventajosos; pues si hubiéramos de hacer la historia de todos los que se han usado y en la actualidad se usan en esta enfermedad, necesitábamos grandes volúmenes; y así queda á la elección de los hombres de ciencia, que inspirándose en los grandes clínicos y en los adelantos de la Medicina, como igualmente en sus propias observaciones, para que según su criterio, administren en la terapéutica de la tisis aquellos agentes que juzguen más provechosos, y según el método, procedimiento y forma que crean más convenientes. En conclusión de este capítulo diremos: que siempre que la Higiene preceda y acompañe, con todas las demás cir-

cunstancias indicadas, al tratamiento de la tisis, sus resultados serán positivos y satisfactorios.

CAPITULO VIII

Consideración acerca de estos resultados y la importancia de la tisis. Lo que nos interesa aquí es el hecho de que los resultados sean positivos y satisfactorios.

Como ya hemos visto, siempre nos hemos referido a la tisis, las numerosas víctimas que produce, la tisis y las inmensas pérdidas que ocasiona en el mundo, y en el momento de la tisis, la gran importancia de su tratamiento higiénico como terapéutico. La desinfección de las cosas, así como las medidas higiénicas en el hogar, nos permiten combatir la propagación de este asunto.

Todo cuanto hagamos en el sentido de mejorar la tisis, república de la tuberculosis pulmonar, lo hacemos en pro del progreso y bienestar de nuestra patria; porque la salud del individuo es el elemento primordial del esplendor de los pueblos. Por el medio del resguardo de los individuos, podemos llegar a los individuos de las colonias, que los pueblos y naciones del mundo más racional de sus procedimientos según la ciencia reconocida. En el momento de la crisis mejor para salir al paso de la tisis, que es el momento de la crisis que nos interesa, que es el momento de la crisis que nos interesa para combatir de manera y con energía a sus autores, que es el momento de la crisis que nos interesa para combatir de manera y con energía a sus autores, que es el momento de la crisis que nos interesa para combatir de manera y con energía a sus autores.

CAPÍTULO VIII

Consideraciones acerca de estos sanatorios y la terapéutica de la tisis.
Lo que hacen otros pueblos, lo que debemos hacer nosotros.—Tur-
no de la higiene.

Hemos visto, aunque no fuese más que á la ligera, las numerosas víctimas que produce la tisis y las inmensas pérdidas que ocasiona esa enfermedad que tan detestablemente desmorona nuestra economía; deduciendo de tal estudio la grandiosa importancia de su tratamiento tanto higiénico como terapéutico. La frecuencia de esta asoladora afección, las desgarradoras escenas á que dá lugar, así como las fatales tragedias en que termina, nos ponen bien palpable la trascendencia de este asunto.

Todo cuanto hagamos en el sentido de mejorar la terapéutica de la tuberculosis pulmonar, lo hacemos en pró del progreso y bienestar de nuestra pátria; porque la salud del ciudadano es el elemento primordial del esplendor de los pueblos. Poner al pueblo al resguardo de los agentes morbosos, proteger á los individuos de las calamidades que les agobian y curarles del modo mas racional de sus padecimientos, según la ciencia recomienda, es, indudablemente, la escala mejor para subir al pináculo de la prosperidad y de la dicha. Es preciso que trabajemos, que unamos nuestras fuerzas para combatir de consuno y con energía la tisis pulmonar, que es el enemigo más fiero de la vida humana, para que llegue presto el día en que podamos alcanzar alguna victoria en la batalla tanto tiempo

ha entablada. Hagamos ver á nuestros gobiernos la necesidad imprescindible de esas salvadoras medidas y la urgencia de nuestras justas reclamaciones.

No se considere, acaso, el establecimiento de los hospitales especiales destinados á la curación de la tuberculosis pulmonar, como producciones de la fantasía, ó como pueriles deseos de ilusorias innovaciones, si estimamos en algo la vida de nuestra patria, porque ella es un producto de importantísimos factores, tales son las vidas individuales que la componen. Basta, además de las numerosas razones que hemos expuesto, tener presente la circunstancia de que la tisis es *curable*, para que pusiésemos en práctica todos los medios capaces de aprovechar esta curabilidad en su mas alto grado, aparte de lo que pudiese aumentarse con el empleo de dichos hospitales.

La creación de estos sanatorios sería uno de los mejores medios, ó quizá la única manera de poner trabas á la contagiosidad y trasmisibilidad de la tisis, adelantando, con esto sólo, un gran paso en la conquista de nuestras aspiraciones; puesto que así disminuirían grandemente los casos de esta enfermedad. Esta cuestión tiene mucha mas importancia de la que se le concede, apesar de que en otros países ya se empieza á mirar con alguna atención; por ejemplo, en los hospitales de París, el Consejo de vigilancia de la Administración de Beneficencia pública de París, ha dispuesto en este año la confección de aparatos para la esterilización de las escupideras de los tísicos, mediante la subvención de 17.000 francos.

Otros pueblos mas adelantados que el nuestro, y que dan á la vida mayor aprecio que nosotros, tienen establecido hospitales para especialidades, como sucede, por ejemplo, en Lóndres. En esta población existen muchos de estos nosocomios, entre otros los de la vía de Fulham Road, entre los que hay uno para enfermedades de la mujer, otro para enfermos cancerosos, otro *para los de pecho*,

enfermos de consunción ó de etiquez, y otros vários para distintas enfermedades. El que está dedicado á las afecciones del pecho, es un establecimiento montado con todo órden y comodidad, y en donde se hallan aplicados con todo rigor los descubrimientos modernos, no dejando nada que desear, tanto en sus detalles mas insignificantes, como en su funcionamiento general; con la particularidad de que todo esto es sólo para los pobres. Y no se vaya á creer, por ventura, que en Lóndres no existe más que un nosocomio de esta naturaleza, pues sería grandísima equivocación, porque hay muchísimos que desempeñan el mismo papel.

No es sólo en Lóndres y en París en donde se encuentran hospitales destinados exclusivamente á la curación de una enfermedad, y se dá á la Higiene el dignísimo aprecio que merece, sinó que en otras muchas ciudades de Europa y América miran estos asuntos como de capital interés, concediendo á estas instituciones una notable preferencia, asignándoles en sus presupuestos cantidades importantes, para que todo marche al nivel de los adelantos modernos, prestando de esta manera una garantía segura á la vida y salud de todos los ciudadanos.

Nada de extraordinario haríamos, pues, en España con seguir las huellas de esas naciones que procuran marchar á la cabeza del progreso. Les imitamos en otras muchas cosas, y algunas muy perniciosas por desdicha, tomándolas como modelo con inusitado entusiasmo, y en cambio en los asuntos de vital importancia apenas nos acordamos de ellas para nada, ni intentamos siquiera estudiar las maravillosas lecciones que nos ofrecen con sus adelantos. Nos retrasamos tanto en el camino de la perfección que es muy fácil que seamos los últimos en llegar al término de esa feliz jornada; sólo apurando el paso y desplegando nuevas energías, dejaremos de quedar rezagados y podremos ponernos á igual altura de esos pueblos que forman la guerrilla avanzada del progreso.

Es necesario que echemos una ojeada sobre nuestra situación y emprendamos con constancia esa sublime obra que ha de libertarnos de la opresión y el sufrimiento en que nos aprisionan los agentes patológicos. La higiene, pues, es quien ha de salvarnos de este horroroso naufragio; y de esta ciencia protectora empezamos á poner en práctica aquello que sea más apremiante. Está fuera de toda duda, que la cuestión de hospitales es quizá la primera de la profilaxis y la más necesaria para la prosperidad de un pueblo. Debemos empezar á todo trance por la fundación de los nosocomios en la forma más conveniente y más perfecta, que es, sin duda alguna, estableciendo hospitales para especialidades; dando la preferencia entre éstas á aquellas enfermedades que más abundan y más estragos causan en el género humano.

No debemos contentarnos sólo con establecer hospitales especiales para las afecciones del pecho, sinó que debemos fundarlos también única y exclusivamente para la curación de la tuberculosis pulmonar y sus variedades. La razón de este exclusivismo es, que estando en un mismo establecimiento todos los enfermos que padecen del aparato respiratorio, muchos de ellos con una enfermedad pasajera ó de poca intensidad de estos delicados órganos, serían contagiados por la tisis por más cuidados que hubiera, sufriendo así sus desastrosas consecuencias, quien de otro modo podría libertarse de ello. Sabido es, por ejemplo, que el catarro pulmonar ó bronco-pulmonar, predispone este órgano á la receptividad del bacilo de Koch y por ende á la tuberculosis pulmonar.

Supongamos por un momento que una potencia cualquiera tratara de invadir con sus hordas nuestra nación, y de avasallar al mismo tiempo nuestros derechos, poniendo en grave peligro la patria que nos vió nacer; innecesario considero decir que al instante nos uniríamos todos á una voz, fuese cual fuese la bandera en que militásemos, para

defender nuestras instituciones y nuestros hogares, proclamando la inviolabilidad de nuestros derechos, de nuestra sangre y abolengo; cooperando cada cual con toda su energía á la obra de la independencia. Pues bien, precisamente, lo que está pasando es un fiel retrato de una invasión bárbara, peor que cualquiera de las que narra la historia, por ser continua; un ejército innumerable y poderoso de enfermedades arrebatara prematuramente nuestras vidas, hollando con escarnio nuestros derechos más sagrados, y nosotros con estóica apatía contemplamos sus evoluciones, sin oponerle siquiera la resistencia de las armas de la Higiene. El ala derecha de ese grupo fenomenal de enemigos, el escuadrón más potente y más destructor de ese formidable ejército de entidades morbosas, es á todas luces la tuberculosis pulmonar, y contra ella también es contra quien debemos asestar con más denuedo los cañones de la ciencia.

Las ciencias, las artes, la industria, el comercio, la navegación, etc., etc., todo marcha y se desarrolla con efervescente actividad, y hasta el lujo sienta sus reales en las obras del arte é inteligencia humana; excepto las importantísimas cuestiones que atañen á la conservación y perfeccionamiento de nuestra salud, que están embargadas de una parquedad y una rémora abominables. Todo progresa con rapidéz y se pone en práctica con frenético entusiasmo, á no ser el grandioso negocio de nuestra salud, al cual se mira con glacial frialdad; debiendo ser el objeto predilecto de nuestros pensamientos y acciones, y el principio de todos los adelantos, para caminar con paso firme y acelerado en la senda de la perfección y el bienestar.

Tiempo es ya de que toque su turno á la obra de la redención humana del cautiverio de los procesos morbosos, y que los descubrimientos de las Ciencias Médicas reclaman como indispensables para nuestra conservación y perfeccionamiento. Si este siglo nos ha iluminado con la

antorcha de la civilización ¿por qué no hemos de ver claro lo que más nos importa para nuestro progreso, y darle preferencia y empuje en todas nuestras acciones? Ha llegado la hora de que se escuchen con verdadera atención y respeto los preceptos de la Higiene, poniendo en práctica con toda urgencia y refinado celo esas leyes con tanto trabajo sancionadas. Ya que en todo se ha trabajado y adelantado mucho, no es propio que abandonemos tan interesante asunto. Dirijamos, pues, nuestros pasos hácia el punto más culminante, ó sea hácia la curación de las enfermedades, y particularmente hácia el tratamiento de la tisis, cuya afección es nuestro peor enemigo; y con asiduidad y desvelos procuremos darle el mayor grado de perfección. Para conseguir este precioso ideal se hace menester construir esos hospitales especiales, que tan necesarios son, si es que deseamos ascender en la escala del progreso y apreciamos en algo la vida y la salud del género humano.

De este modo haríamos á la humanidad el mayor bien que podía ansiar: tal es la consecuencia que se desprende del estudio de la patología y de la profilaxis. Con lo dicho basta para que no cesemos de llamar á las puertas de nuestros gobiernos, y exigirles con imperio, ya que la súplica y la conveniencia general no tienen oídas, que la Higiene sea la primera en todos los proyectos del Estado y que la salubridad pública sea tratada más humanitaria y científicamente de lo que hasta ahora ha sido.

Por vía de adición me permitiré hacer aquí una pequeña advertencia relativa al número de tísicos que anualmente mueren en Madrid: tal vez parecerá exagerado el total de tísicos que en esta población fallecen al año, pero hay que tener en cuenta que á este centro acuden muchísimos individuos de provincias, y que cuando se hallan enfermos regresan á sus casas. Esto que sucede generalmente en casi todas las enfermedades, máxime en las crónicas, puede decirse que es una regla con bien pocas excep-

ciones tratándose de la tisis, porque la mayoría de los que son acometidos de esta afección van á morir al lado de sus familias. En vista de esto creo que el número de tísicos asignados á Madrid no tenga nada de hiperbólico.

CONCLUSIONES

Para dar fin á nuestro trabajo resumiremos en breves conclusiones lo más principal de esta memoria, con lo cual se podrá formar enseguida una idea de su contenido. Por más que estas cuestiones sean puramente analíticas, en el estado actual de nuestros conocimientos, sin embargo, sin pretender por eso darle un carácter axiomático, sintetizaremos en cuanto haya lugar esta disertación para ver mas claro el objeto que se propone.

1.^a La Higiene ha tenido siempre cierta importancia desde los tiempos más antiguos, pero en el siglo actual alcanzó una altura admirable. El fin que persigue es hacer desaparecer las enfermedades y ofrecer al hombre más garantías de vida y mayor grado de salud.

2.^a El hombre tiene un valor de consideración, aunque no se le aprecie mas que por su trabajo material; por este concepto, que es por el que menos vale, le aprecia M. Rochard en 6.000 francos, y M. Paget en 12.500; en estas apreciaciones no puede darse valor ni á la inteligencia, ni al mérito, ni á la virtud, ni á la filantropía, etc., porque son inapreciables.

3.^a Cualquiera nación por pequeña que sea, pierde anualmente un gran capital á consecuencia de las muertes prematuras, las que en su mayor parte podría evitar la Higiene.

4.^a Ha llamado siempre la atención entre todas las enfermedades la tisis ó tuberculosis pulmonar. Esta afec-

ción endémica es la mas frecuente de todas cuantas existen en el cuadro nosológico; y casi todos los autores convienen en que la tisis ocasiona $\frac{1}{5}$ de todos los fallecimientos en las grandes ciudades, y $\frac{1}{7}$ de la mortalidad total.

5.^a Calculamos como número más aproximado de tísicos que fallecen al año; para España unos 55.000 individuos, y para Madrid 3.000.

6.^a Mirando esta cuestión por el punto de vista económico, y haciendo nuestros cálculos fundados en los de Rochard, resulta que España pierde anualmente á consecuencia de la tisis 455.500.000 pesetas, y Madrid 24.300.000 pesetas. Según el precio de Paget estas pérdidas serán mayores.

7.^a Si se pudiesen curar todos los casos de tisis, las economías serían considerables, pero aplicando con el mayor celo las leyes de la Higiene conseguiríamos, por lo menos, reducir á la mitad los casos de esta afección. Esto suponía un ahorro anual, calculando por lo bajo, para España 222.750.000 pesetas y para Madrid 12.150.000.

8.^a La tuberculosis pulmonar es infecto-contagiosa y hereditaria. Sus vías de trasmisión son várias. Según Flügge se trasmite por los esputos, en los que los esporos de los bacilos pueden vivir seis meses aún en estado seco. Se conservan en el lienzo, vestidos, pisos, polvo de las calles, etc. De aquí que las fuentes de infección estén muy difundidas.

9.^a La curabilidad de la tisis es un hecho, mayor en los primeros períodos y menor en los avanzados. Esta circunstancia es interesante, puesto que sin ella estaría demás todo lo que se hiciese en pró de su curación.

10. El temor al contagio, la fácil trasmisión, la duración y la ineptitud de esta enfermedad, son causas bastantes para que los tísicos se vean abandonados y faltos de recursos con que atender á su curación en sus casas. En nuestros hospitales de hoy dadas sus pocas condiciones

higiénicas, es muy difícil obtener mejoría alguna en la tisis, sucediendo casi todo lo contrario como lo atestigua la observación.

11. Teniendo presente el mal estado en que hoy se halla el tratamiento profiláctico y terapéutico de la tisis, lo mismo en nuestras casas que en los hospitales; es de imperiosa necesidad el que se creen establecimientos dedicados exclusivamente á la curación de esta enfermedad; los cuales deben fundarse según los preceptos de la higiene moderna.

12. La implantación y construcción de estos hospitales especiales debe obedecer á los adelantos modernos. El servicio interior y el personal facultativo debe estar en relación con el número de enfermos. Los alimentos y las bebidas deben ser en cantidad suficiente y de buena calidad.

13. El número de estos sanatorios es preciso que esté en relación con el número de tísicos, necesitándose para España por lo menos 20, destinando uno de ellos á Madrid. Rebajándose con estos institutos la mitad de las víctimas de la tisis, tendríamos un ahorro anual de 222.750.000 pesetas, que divididas entre los 20 sanatorios correspondía á cada uno 11.137.500 pesetas, con las cuales se podía erigir un hospital regular.

14. En estos hospitales especiales podrán ingresar todos los tísicos de cualquiera condición social que sean. Allí se hallarán en las condiciones mas apetecibles. Para que al Estado no sea tan gravoso su sostenimiento deben pagar una retribución los enfermos que puedan, y por los pobres deben hacerlo sus ayuntamientos respectivos.

15. El tratamiento que haya de emplearse debe partir de la Higiene; el método, procedimientos, y agentes que se empleen en su terapéutica serán aquellos que haya sancionado la ciencia como útiles.

16. La circunstancia de que la tisis es *curable* debe aprovecharse y tratar de elevarla á mayor altura, lo que

puede conseguirse con los hospitales especiales; los cuales serán el mejor medio de oponer una barrera al contagio y trasmisibilidad de la tisis. Con el establecimiento de estos sanatorios se haría á la humanidad uno de los mayores bienes que pudiese ansiar.

Hé aquí Excelentísimo Señor, el tosco boceto de un pensamiento que ha surgido de la observación de los escasos resultados que dá de sí el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, que bien merecía la pena se ocupasen de tan trascendental cuestión personas de otro rango científico, y con otra extensión que no puede dársele en una memoria de esta índole. Pero no obstante, para ver lo que en la actualidad se hace más urgente y decisivo en este importantísimo asunto, basta sólo contemplar el fúnebre cuadro de la tisis, que á todos los momentos se ofrece en la sociedad, y que he tratado de reflejar en este humilde discurso.—HE DICHO.

Antonio Cortea Fernández.

Madrid, Diciembre 16 de 1889.

SOBRESALIENTE.

Dr. Calvo.

SOBRESALIENTE.

Dr. Moreno Pozo.

SOBRESALIENTE.

Dr. A. F. Chacón.

SOBRESALIENTE.

Dr. A. Jimeno.

SOBRESALIENTE.

Dr. Ribera Sanz.

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
23	11	osporádicas	esporádicas
27	18	M. Lonis	M. Louis
34	6	G. Dienlafoy	G. Dieulafoy
42	25	Jaccond	Jaccoud
43	31	descubrimiento	desenvolvimiento
44	23	existencia	asistencia

This is a list of the names of the authors of the papers in the volume. The names are arranged in alphabetical order of the author's name. The names are given in full, including the name of the author's institution, if any. The names are given in the order in which they appear in the volume.

ERRATA NOTABLES

Page	Author	Correction
11	M. Louis	epoptidica
18	M. Louis	M. Louis
34	G. Diebold	G. Diebold
37	Jacobs	Jacobs
43	descurtimita	descurtimita
44	descurtimita	descurtimita

Published by the
 American Museum of Natural History
 121 West 57th Street, New York, N. Y.